

el ESCARABAJO de oro



di tu palabra y rómpete — Nietzsche

AÑO IV — N° 22

MAYO 1964

\$ 40

SUMARIO No. 22 - EL DEBATE CHINO-SOVIETICO, por ANDRE GORZ - BRECHT ante la Comisión de Actividades Antinorteamericanas - POLEMICA SOBRE EL REALISMO (II), por GALVANO DELLA VOLPE - PROMETEO ANTE LA UNION SOVIETICA, por LUIS FRANCO - Reportaje a NICANOR PARRA - LA CITA, cuento de MARTA LYNCH - EN LA ESPERA, cuento de ENRIQUE SVERDLICK - Poemas de MARTHA GOLDIN, HORACIO SALAS y VICTOR GARCIA - Humor por SINE - GRILLERIAS - EDITORIAL: CONTRA ESTO Y AQUELLO - BIBLIOGRAFICAS.

EL DEBATE CHINO-SOVIETICO (pág. 13)



martha

goldin

GERMINACION

Nacerte. Hundir mis manos en los huecos de tu infancia,
 hacerle un guiño al tiempo,
 morderlo hasta que grite
 borrarle las mujeres que miraste
 y la huella que dejaron en las yemas de tus dedos.
 Hacerte crecer dentro de un vaso. Germinarte
 Oprimirte las manos hasta que suelten un jugo
 de lágrimas absurdas.
 Hasta que tus párpados pesados se hagan humo
 en un silencio azul y amanecido.

DOUGLAS BRAVO

Cantando espero la muerte
 que hay ruiseñores que cantan
 encima de los fusiles
 y en medio de las batallas.

Miguel Hernández

Hoy me estallan las venas de preguntas
 quisiera escribirle un poema a la tristeza
 y me asombra la sangre que contengo
 para no nombrarte, para no hacerte trinchera
 Douglas. Comandante.

Comandante del sol y misionero
 pedazo de cristal que se me incrusta
 en la sombra sur, del hemisferio
 en el pedazo américa que sufro.
 Comandante de diente silencioso
 los huesos transnochados se deshacen
 el verbo desvanece tu caída.
 Morderemos el sol hasta encontrarte.

horacio

salas

LOS JUEGOS

Yo recuerdo la infancia
 con un enorme patio.
 La siesta interminable de Palermo
 y tardes somnolientas los domingos.
 El sol se acurrucaba en los balcones
 y con mis personajes
 acaso viajé a Marte muchas veces.
 Desembarqué en islas del Pacífico
 y en las costas de africa y Borneo.
 Fui Róbinson, pirata y alquimista,
 creador de los colores,
 inventor de los héroes.
 Viví en la Edad de Piedra
 soñé otros continentes
 fui soldado, ladrón y wing derecho,
 detective, ministro, presidente.

Me adelantaba a Fangio en las carreras
 y supe que Lavalle murió tras una puerta.
 Recuerdo la tristeza de las tarde de lluvia,
 la cálida mirada de mi madre
 la tapa de todos mis cuadernos.
 Mis primeros dibujos de aviones y de pájaros,
 de uniformes azules y leyendas.
 También estuve enfermo
 todo un noviembre largo,
 rodeado de banderas y un libro de figuras,
 Pif Paf, un diccionario,
 recortes y acuarelas.
 Fui dueño de las últimas glicinas.
 Seguido por mi padre cacé un gran elefante
 y atravesé la selva.
 Algún día pensé ser Don Quijote,
 y estuve enamorado a los seis años.
 Tuve un vago temor a los relojes
 y en un jardín de otoño
 aprisioné al fantasma
 que habitaba mis sueños.
 Hice amigos durables
 y aprendí sobre un mapa
 que el mar era celeste.
 Un día simplemente pretendí ser un hombre.
 Sin saber que en el juego se destrozaba el tiempo
 A veces vuelve el niño
 como un misterio extraño
 y acaso, tengo miedo.

Este poema integra el libro **Memoria del Tiempo** que fue premiado en la primera fiesta nacional de las letras. Necochea 1964. Jurado: Rafael A. Arrieta, Jorge Luis Borges, Carlos Mastrorardi, Horacio E. Ratti y Luis Emilio Soto.

La reciente publicación de nuestra "Discusión Crítica" suscitó, claro está, opiniones y conjeturas.¹ Favorables o no, esos juicios —su contenido particular— no hacen al asunto de esta página. Importan las pautas. El cómo se lee y qué se busca. Y por qué. Importan, pues, ciertas coincidencias que, ya se originen en la aceptación o el rechazo, desentrañan (para nosotros) la raíz de un mecanismo intelectual común a un vasto sector de la izquierda. Un modo de pensar, de ser. Condición y reflejo, a la vez, de todo este caótico estado de cosas que polariza y confunde y dispersa la voluntad de quienes el día del tumulto, como nos escribía hace poco el poeta Marcos Silber, vamos a estar todos en la misma vereda. Y ya debiéramos estarlo. Pautas, dijimos. Bien. Que se aplauda a un escritor por lo que jamás ha escrito, o por todo lo contrario de lo que piensa. La experiencia, no sólo la personal, también la histórica, nos alertaba. Basta reflexionar sobre qué imagina la derecha de León Bloy o Unamuno, por ejemplo, y en cómo nosotros, abúlicos o ignorantes, o igual de burgueses, aceptamos con candor que así se los apropie (como a Kafka, como a Borges cuando se muera y deje de firmar manifiestos y sea sólo sus libros), basta reflexionar acerca de esto para convenir que, "ser juzgado Dostoiéwsky por sus hemorroides", como decimos acá, es una iluminativa metáfora cultural, vale (en escala) para desconfiar de muchos elogios, y no parece lo más grotesco que puede acontecer en este oficio. Es un riesgo de la palabra, y se lo asume, junto con todos los otros.

Y entre los otros, hay también éste: escandalizar con las palabras, por lo que en efecto dicen, aunque, lo que dicen, sea idéntico a lo que piensa quien las lee. En la izquierda, se traduce así: "Discutamos, ya que estoy de acuerdo." Luego, reunidos todos en Villa Devoto, en el mismo calabozo, organizaremos cristianamente equipos de lectura para presos no esclarecidos, quienes, cuando salgan, harán ellos la revolución. Y, si son sensatos, nos dejarán dentro. Más pautas. Cierta tendencia a "utilizar" nuestra "Discusión Crítica". Cierta proclividad a maliciar, la izquierda, en toda controversia ideológica un nuevo programa de ruptura política. Y a leer una respuesta a un intelectual de partido, como el enfrentamiento a un partido. O sea, a todos sus intelectuales y, aproximadamente, a unos 30.000 afiliados. El indicio —lo que nos dictó este apunte— es precisamente que no hayan sido sus militantes quienes recelaron, esta vez, plata-

¹ Discusión crítica a La "crisis" del Marxismo, respuesta a Héctor P. Agosti, por Abelardo Castillo. Prólogo de Arnoldo Liberman y notas de Ricardo Piglia y Liliana Heller (Ed. EL ESCARABAJO DE ORO, col. "Tiempo Americano"). Las opiniones a que se alude, en su mayor parte informales, son, digamos, la "excusa" de este trabajo. Han surgido de diálogos, pertenecen a cartas de lector o nos fueron dadas en alguna reunión de revistas, cuyo fin preciso fue discutir y comentar ese ensayo. Basamos en ellas nuestro apunte pues, por su espontaneidad, manifiestan mejor que los meticulosos análisis ideológicos, una realidad latente en la izquierda —y más antigua que la mera anécdota de esta polémica— que induce a la reflexión.

forma tan gigantesca. (Si hemos de ser francos, sus militantes no han parecido notar nada; en cambio, se nos ha felicitado desde un periódico obrero, por ser, junto con "Hoy en la Cultura", una de las dos revistas juveniles... que defienden el tango.) Y esto significa, lo menos, tres cosas. O cinco. Que, aún para la izquierda comunista, la "Discusión Crítica" no es del todo incorrecta, ideológicamente hablando. Y, acaso, sí absolutamente exacta; al menos más fundamentada que el trabajo de "Cuadernos de Cultura", que la originó, y al que refuta. Significa también (o por lo tanto) que genial o hirsuto, habilísimo o incapaz de razonar, un intelectual de partido no es El Partido.² Ni el Socialismo Universal. Ni el Materialismo Dialéctico. Ni los hombres son Entelequias, ni, con la excusa de haber refutado a uno, podemos, en la izquierda, borrar (permitir que se borre) a toda una internacional obrera que gobierna una docena de repúblicas socialistas y en cuyas filas militan algunos de los escritores y poetas y pintores y científicos más grandes del mundo.³ Lo que no basta, es cierto, para desdeñar la hipótesis argentina de que, en nuestro país, lo que mejor hacen los comunistas es pegar carteles; pero sí basta para que muchos "revolucionarios", cuya praxis más vigorosa consiste en justificar su nada rezongando contra el comunismo, le ayuden, a la historia, a llevar la brocha y el tacho. O escriban un poema inmortal. O nos expliquen ellos, quién, en nuestro país, sea comunista o patafísico, está haciendo en serio algo tan formidable como preparar la inminente insurrección obrero-campesina, dirigirla y organizarla para fulminar el ejército, abolir la propiedad y conquistar el poder. Y mantenerlo. Y que antes nos expliquen, de paso, dónde están los campesinos y qué es El País. O coincidan con nosotros

(Continúa pág. 4)

² La historia humana no se maneja como el teorema de Thales. Que una organización no pueda ir más lejos que las ideas de los hombres que la dirigen, como sostenemos en "Discusión Crítica" (pág. 11), es una cosa. Y tan cierta como el sol. Pero que este argumento valga, en política (en la realidad) para descalificar a toda una organización, identificándola, matemáticamente, con un hombre —o peor, cosificándola como a una piedra aviesa, eternamente igual a sí misma y como si fuera la única cosa no dialéctica de la historia, ateniéndonos sólo a los errores de ese hombre— es demasiado concederle a la Lógica.

³ Nos objetan aquí que este argumento se asemeja al que combatíamos en nuestra "Discusión Crítica" cuando negamos que los errores o el dogmatismo de un dirigente puedan ser atenuados por el hecho de que (como dice Schneider) el comunismo haya liberado a 11 países cuya población supera el tercio de la humanidad. Se nos objeta mal. Que un hombre se excuse de sus errores identificándose él con El Partido, y de ahí con el socialismo universal, y que por esta Vía Láctea del pensamiento huya de toda crítica, o la transforme en anticomunismo o antimarxismo, no invalida en modo alguno el HECHO REAL de que, precisamente identificándolos, haya gente que exerce al partido, al socialismo, a la tercera parte de la población del mundo. El argumento central de nuestra "Discusión Crítica", por lo demás, era este mismo argumento: no íbamos (ni vamos) a ahogarnos en la fácil cuneta de las generalizaciones. Ni para discutir con un hombre de partido, ni (mucho menos) para derribar a los críticos de mala entraña. Que existen, y vaya si existen.

EDITORIAL (de pág. 3)

en que no hay necesidad de entenebrecer a TODA la izquierda militante para notar, de golpe, que los intelectuales revolucionarios argentinos, damos risa. Cómo será, que Perón ya dice que va a volver y nosotros no hemos terminado de averiguar qué pasó mientras estuvo. Pasó, entre otras cosas, que aún siendo una especie de Falstaff all'uso nostro, resultó históricamente, y a pesar suyo, más decisivo para la clase obrera que todos nuestros famosos dirigentes marxistas juntos. Y acá hacen falta uno o dos buenos dirigentes, menos perones, y no tantos miles de Organismos de Fomento y Cultura Revolucionaria. Que un hombre no hará la Historia, pero, a veces, alguno entiende cómo deben hacerla los otros. Cosa que ayuda.

No. No nos hemos desviado del asunto. Por el contrario, ahora estamos en su corazón mismo, pues, justamente por eso, por el inexcusable compromiso humano que implica transformar en conciencia rebelde (dinámica) las necesidades de otros hombres explotados —porque alguna vez nos dejaremos de aparatosas morondangas y se verá que en el origen de toda teoría revolucionaria hay, no una ecuación, sino un hombre al margen de la vida—, por todo esto, los errores o el dogmatismo de un dirigente marxista complican siempre a todo su partido. Y a toda la izquierda. Y éste es, por fin, uno de los motivos por los cuales, la izquierda, identificando a la organización —que es un hecho político y cultural, una realidad compleja formada por muchas voluntades, por individuos, hombres, de carne y huesos— con la “línea de partido” —que es una abstracción ideológica, vulnerable al error y de la que es responsable un número limitado de hombres y, a veces, un solo hombre, como en el caso de Stalin— identificándolas en términos absolutos —algebraicos— desconfía de toda la organización, puesto que, en los hechos, el partido comunista argentino no ha demostrado ser la cabeza directora del proletariado. Ni en el plano político, ni, mucho menos, en el cultural. Y desconfía, y critica, no siempre de mala fe.⁴ Pero, el pretexto de esa desconfianza también lleva a anhelar (nunca de buena fe) la negación radical, la oposición política al comunismo; su discriminación. Y a forzarla, incluso, donde no está. En nuestra “Discusión Crítica”, por ejemplo.

Buena y mala fe, es fácil verlo, son otras dos cosas. De las que hablaremos. Antes, ordenadamente, volveremos a las primeras.

La controversia, quedó muy dicho, era (es) sólo con el director de “Cuadernos de Cultura”. A nivel personal, humano. Como toda controversia entre personas. Y el propósito clarísimo de su publica-

⁴ “Porque lo único que la historia no admite es que los analistas y ejecutores de la política del proletariado se equivoquen. Nadie puede solicitar el cargo de partido de vanguardia como un diploma oficial dado por la Universidad. Ser partido de vanguardia es estar al frente de la clase obrera en la lucha por la toma del poder, saber guiarla a su captura; conducirla por los atajos, incluso” (Ernesto “Che” Guevara, Cuba Socialista, N° 25, pág. 5).

ción, éste: dar fin a un malentendido que, con harta frecuencia, contribuyó a que se nos tomara por ideólogos del Apocalipsis, tiernos Elfos del Amanecer, o artistas algo idiotas.⁵ “Pero” —se nos ha objetado—, “del texto se podían extraer otras consecuencias, menos particulares.” En efecto. Y no sólo se podía: se debe. Y las ratificamos. Y nos comprometemos a todos; no sólo a un hombre o a un partido. Porque lo que nos estábamos exigiendo, en la izquierda, era otra concepción de la crítica ideológica. Y buena fe. Y seriedad. Seriedad en las ideas, no esa cosa que les pasa a nuestros ensayistas, que se confunde con la hondura de análisis o la seriedad de ideas y que es mero aburrimiento de sintaxis. Esa como plúmbea pesadez. Y se estaba vindicando, desde la izquierda, la necesidad de rigor teórico, de lucidez para juzgar el arte y la literatura. De claridad. Y de coincidencia en lo esencial. Y nos preguntábamos “si no es más honesto y sano, más inteligente que dejar en manos de la reacción la libertad de urdir tesis anticomunistas”, indagar nosotros, escritores no comunistas, los motivos históricos de esos “hechos en los cuales, por su trascendencia, se juega a veces también el destino del hombre, o el porvenir de la cultura de la humanidad. Y, por lo tanto, conmueven de raíz a toda la izquierda. Exigen, de sus artistas y sus escritores, que se justifiquen como hombres, o se infamen, apostando su verdad y su lucidez a cada palabra” (“Discusión Crítica”, págs. 20 y 21). Y, entonces, quién de entre nosotros, artistas e intelectuales y escritores obligados a definirnos diariamente y acostumbrados por una historia que no hemos hecho a encontrarnos solos a cada paso, ideólogos improvisados y quizá grotescos, con un verso a medio hacer y sabiendo, en lo implacable de la conciencia, que nuestra última justificación depende de ese verso, pero debiendo asumir, en cada esquina, una realidad que se nos aparece nueva, sin textos que la hayan explicado de antemano, quién, cuál de entre nosotros podrá no sentirse aludido, quién, cuando lo que se exige es violentar la vida, y cambiarla, podrá sentir que la responsabilidad le corresponde a otro. O mejor, quién, viviendo como vivimos todos, podrá no sentirse EL UNICO responsable, de todas las cosas. El, solo ante la historia y sin la menor excusa. Unido al resto sólo por esa responsabilidad: por la conciencia de su lucidez. Que es su mayor culpa. Porque entender un hombre lúcido la razón que hace a otro hombre, embrutecido, morir de hambre ahora, y él no saber, ahora, cam-

(Continúa pág. 12)

⁵ La última hipótesis, sólo que algo atenuada, lució hace poco en las páginas de una revista de Hurlingham, donde su autor, con el pretexto de la “impresionante crisis de la inteligencia y la total atrofia de sentido crítico” en nuestro país, consiguió ejemplificar las suyas propias en la provincia de Buenos Aires. Atribuyéndonos, por ejemplo, la famosa idea de que el arte es bello, dedujo que EL ESCARABAJO DE ORO perseguía una suerte de desteñido humanismo de izquierda (sic), blasfemaba de la politización del arte (sic) y que su más caro anhelo era convertirse en Selecciones del Readers Digest (sic).

GALVANO
DELLA VOLPE

POLEMICA SOBRE EL REALISMO (II)

refutación a LUCKACS

NOTA DE DIRECCION

Completamos, con esta discutible nota del profesor Galvano Della Volpe, su refutación al trabajo de Györgi Lukács ("El Escarabajo de Oro", número 15). Ya hemos señalado, en otro sitio, hablando de la disyuntiva luckasiana (¿Franz Kafka o Thomas Mann? ¿Decadencia artísticamente interesante o Realismo Crítico?) nuestra discrepancia, no con sus términos conceptuales, que plantean sí una encrucijada, sino con la arbitraria (Kafka - Mann) elección de sus polos. No obstante, y pese a la importancia que acaso tenga este enfoque del profesor Della Volpe —basado, como se ha visto en el número anterior, en la célebre carta de Engels sobre el realismo y en los artículos de Lenin sobre Tolstoy—, queremos dejar muy claro que "El Escarabajo de Oro" tampoco coincide con la postura de Della Volpe, con su ingenua inversión de la fórmula propuesta por Lukács. El error fundamental (que ya hemos anotado en un curso sobre la literatura del siglo XX, y cuyo texto, el referido a esta cuestión, publicaremos), el error fundamental, sigue en pie. Tanto Della Volpe como Lukács, inexplicablemente, polarizan la singularidad de dos grandes creadores, cuya obra, disimil —no opuesta— admite con dificultad este tipo de "competiciones". Que en todo caso, a nosotros, Thomas Mann nos parezca un escritor por encima de cuantos hasta hoy ha dado nuestro siglo, justifica, al menos en "El Escarabajo de Oro", esta introducción y las notas que irrumpen en el artículo de Galvano Della Volpe. No justificaría, en cambio, ni aún aquí, que pretendiéramos a nuestro turno oponer la grandeza de Mann a la de Kafka, Joyce, Proust, Faulkner, Cary, Sartre, Arlt o Sholojov. En este terreno, parece, no hay más que valoraciones estéticas (a nivel siempre personal), detalle, el único sobre el que en última instancia podrá fundamentarse una Estética, también la Socialista, y que suelen olvidar, en sus análisis,

todos estos teóricos. No hemos leído el original italiano de Della Volpe; ignoramos, pues, si las singulares zonas de oscuridad que se advierten en el texto, pueden o no deberse a la traducción. No obstante, habiendo penetrado con dificultad algunas omisiones, podríamos hasta aventurar que el profesor Della Volpe creyó innecesario leer las dos mayores obras de Thomas Mann.

Piénsese, para descender un poco a lo concreto, en la cualidad del testimonio poético de la crisis burguesa (en tanto crisis padecida y no juzgada para superarla, como ocurre, en cambio, en Maikovski y Brecht, pues aquéllos poetas sólo padecen las crisis de civilidad son, precisamente, escritores decadentes), testimonio que está representado: 1º) por la *Recherche* proustiana, con su análisis de la decadencia de las élites francesas de la época de la Primera Guerra Mundial; análisis, adviértase, conducido con un método intelectual que no podría ser más significativamente individualista burgués, a través de una memoria interior y contemplativa (narración que es una suerte de autobiografía artística del au-

SHOLOJOV: UN TESTIGO



tor-protagonista); 2º) por el *Ulysses* de Joyce, que —con la técnica literaria de un monólogo interior en el cual se organiza un contrapunto negativo, irónico, anti-heroico, de mitos clásicos y de hechos cotidianos— da una *summa* y un juicio de nuestra civilidad burguesa, humanitaria, en el sentido de que la justificación de ésta se halla reducida a los términos de sus lugares comunes ya desvitalizados (recuérdese, por ejemplo, aquella afirmación —"el amor, lo opuesto al odio, es la verdadera vida"— proferida con una suerte de patetismo absurdo, por el solitario Leopoldo Bloom en aquella madriguera de modernos ciclopes: la taberna dublinense, donde convergen normalísimos "ciudadanos" patrioterros y racistas, y confróntese con la atmósfera positiva en que se mueven, tan confiadamente activos y vivos, los héroes de Tolstoy); 3º) por *El Proceso* y *El Castillo*, y por los cuentos kafkianos, con sus alucinantes alegorías satíricas de angustias existenciales, religiosas y metafísicas (y Lukács se arriesga a una profunda contradicción a propósito de esta poesía narrativa, a que él se esfuerza en analizar un tanto, diferenciándose esta actitud de la adoptada con Proust y con Joyce: usa para ella el término "alegoría", en sentido peyorativo y niega que Kafka logre "elevar el detalle particular (...) a la particularidad de lo típico" y sin embargo admite que en Kafka "la concepción de los detalles es selectiva a los efectos de subrayar eficazmente lo esencial"); piénsese en todo esto y considérese qué significa —como representaciones artísticas de la presente época burguesa— comparados con un capítulo de Proust, Joyce o Kafka, el drama de *La Muerte en Venecia* (el esteta wiliadiano) o la confesión de la deshumanidad del artista romántico decadente, en *Tonio Kröger*, o la tragedia del fin de la gran familia hanseática de los *Buddenbrooks*, del "siempre inmanente" (como lo quiere Lukács) escritor burgués Thomas Mann. No significan poco (con respecto al arte decadente y autosuficiente de un Gide, representan, por cierto, un realismo artístico superior), y, no obstante, son solamente visiones episódicas de una crisis como la de nuestro tiempo, por carecer de un centro problemático profundo.¹ Y la he-

(Continúa pág. 6)

¹ Della Volpe, como hemos dicho, elige mal. Omite precisamente las dos mayores novelas de Thomas Mann, y opone dos narraciones largas y su libro de juventud (el primero que escribió, a los 26 años), con las obras capitales de Proust, Joyce y Kafka obras casi póstumas, que suman entre las tres treinta años de trabajo, y, aún así, concede que las de Mann, comparativamente, "no significan poco", y hasta más que todo Gide. Qué pasa, entonces, si se recuerda que *La Montaña Mágica* (del que se ha dicho "más que un monumento literario, es un fenómeno cósmico, geológico, traducido, expresado en literatura"), y *Doktor Faustus*, su obra cumbre y testamento de una civilización, también existen. Resulta difícil entender qué significa, para Della Volpe, eso del "centro problemático profundo", pero (y no es una ironía), el del *Fausto*, como el de *La Divina Comedia*, no está precisamente a ras del suelo.

POLEMICA (de pág. 5)

rencia de Kafka es bien notoria en Camus (en *El Extranjero* y en *El Malentendido*, por ejemplo), como la de Proust en Wolf y la de Kafka y Joyce, juntos, en Becket (*Esperando a Godot*, etc.); y la de Joyce, aún en las farsas de Ionesco; pero el arte de Mann, aún burgués y de crisis no tiene herederos, que se sepan.² Y también esto tiene su sigtada por Proust y con Joyce: usa para hay poesía auténtica (pero es necesario encontrarla más allá de cualquier esquema preconcebido de "contenidos") hay siempre verdad sociológica, y, por lo tanto, realismo, o sea representación polisémica simbólica —y que, no obstante, de un modo u otro, juzgan— de una realidad histórica y social: realismo que, por ejemplo, puede ser, tanto el realismo burgues optimista y constructivo de un Fielding y de un Balzac (como piensa Lukács) como el realismo pesimista-constructivo de un Swift (y coincidimos con Brecht: pensemos, por ejemplo, no solo en el pueblo de los Houyhnhnms

² El argumento es sorprendentemente ingenioso. Varias cosas se les ocultan a Della Volpe. Tampoco Cervantes dejó herederos, ni ha de ser fácil hallárselos a Shakespeare —cuatrocientos años sin teatro inglés, al menos, son un argumento—, o a Dante. Ciertas grandes obras son, ellas mismas, herederas, continuación y fin (síntesis) del pasado. Influyen sí, pero de otro modo, menos trivial que el propuesto aquí. ¿Dónde hallar, por ejemplo, los "herederos" de José Hernández?, ¿quién se atrevería a negar, sin embargo, la universalidad poética y la validez histórico-sociológica del Martín Fierro? Si la importancia de Kafka fuese El Extranjero, de Camus —nouvelle notable, es cierto, pero no tanto cuando se la compara con El Castillo o El Proceso—, o El Malentendido, la peor obra dramática de Camus, e imperceptible no ya dentro del teatro universal, sino incluso del francés, al punto que una medianía como Jean-Cocateau, con idéntica "originalidad" (que ya registra El Libro de las Mil y Una Noches, y la historia, en la biografía del poeta indio Kalidasa, sin contar La Zapatera Prodigiosa y El Jorobado o Enrique de Lagardere, consiguió, en un acto de diez minutos, lo que no Camus, en tres; si la importancia poética de Kafka o Joyce estuviera denunciada por ser precursora de el Godot de Becket, o de las farsas de Ionesco (¿? !), el argumento, automáticamente los demolería, no sólo a Kafka y a Joyce, sino también al profesor Galvano Della Volpe. Si no bastara esto, cabría recordar que es falso. Al menos, si valen los testimonios personales: William Faulkner, considerado por muchos el más excepcional novelista de nuestro tiempo, declaró (ver "El Escarabajo de Oro", número 17) tres antecedentes. Joyce, Thomas Mann y la Santa Biblia. Aparte lo cual, Della Volpe —que pareciera reprochar a Mann su "Hic et Nunc", es decir su "ahora y aquí"—, olvida que, tanto el autor de El Castillo como el de En Busca del Tiempo Perdido, como el del Doktor Faustus, han muerto hace muy poco. Shakespeare apareció 2.000 años después que los trágicos griegos, originado por ellos, y debió esperar más o menos tres siglos hasta la aparición de Goethe o de Ibsen, y casi cuatro hasta la de Eugen O'Neil y Bernard Shaw. Lo que va de Rabelais a Henry Miller cabe, históricamente hablando, lo que va de las carabelas de Colón a los cohetes interplanetarios. No debe confundirse, claro, heredero con usurpador. ¿Dónde están los herederos de Van Gogh, de Beethoven? Es más fácil, en efecto, hallar los herederos de Góngora, o Debussy. Pero entonces se corre el peligro de confundir "escuela" con influencia, aquella que amontona los momentos estelares de la humanidad y construye, como una continuidad de lo esencial, la historia de los hombres.

de Gulliver sino, también, se entiende, en la Modesta Propuesta para evitar que los niños irlandeses sean un peso para sus parientes y su país"): o bien puede ser tanto el realismo variamente pesimista-apocalíptico de los Eliot y Proust y Joyce y Kafka, como el modesto realismo "inmanente" o sea hic et nunc de un Mann: o, finalmente el nuevo realismo optimista y constructivo, realismo socialista de los Maiakovski y los Brecht (no obstante sus hipéboles y parábolas). Porque, como se ha visto antes, si no hubiese lugar en la poesía para cualquier idea o concepción del mundo, no habría en ella lugar, obviamente, tampoco para la idea socialista (y no tendría fundamento el interés actual de los demócratas por una poética socialista, realista): lo que significaría que la poesía, considerada filosóficamente, o sea en su generalidad, rechaza en forma orgánica las ideas, como opina la Estética burguesa romántica y postromántica y decadente. Pero creemos tener alguna razón al pensar que las cosas son de otro modo, y en esto nos ratifica, también, el ejemplo de un revolucionario como Lenin, que supo tomar la lección de verdad —instructiva para los mismos revolucionarios— que surgía de las novelas tolstoianas —de base ideológica negativa, mística y reaccionaria— representaciones artísticas de las condiciones de los campesinos rusos alrededor de 1905; ¿y requiere, entonces, tanto esfuerzo, a los demócratas socialistas, el comprender hoy la lección ciertamente negativa, pero muy instructiva (porque es verdadera en verdades artísticas, incluso sociológicas), que sobre la crisis de este tiempo nos da la gran literatura decadente de los Eliot, Proust, Joyce y Kafka? Para detenernos un momento sobre esto último: ¿Cómo negar el sentimiento edificante de pesadilla moral suscitado en nosotros por las representaciones, en el Castillo, de la vida de K. y de los otros personajes: sórdida al extremo y casi subhumana, porque sufre la alineación elemental (la religiosa), alienación que es consustancial a cualquier otra alienación del hombre y que histórica y realmente la acompaña merced al temor de autoridad opresiva? Difícil impugnar la esencia de verdades edificantes de esta suerte de humorismo negro, el "humorismo religioso" de Kafka (esta aguda

fórmula es de Thomas Mann): pero es necesario, para aprehenderlo, referirse a lo interno de la expresión artística de este humorismo, de sus símbolos polisémicos (de aquel inaccesible "Castillo" y de su "administración" cruel e hipócrita del "villorio", en el engranaje de los cuales, por ejemplo, el motivo poético de Goethe y de Ibsen, antes dantesco, el eterno femenino intercesor y salvador, se convierte en la preordenada prostitución de la mujer, procuradora, para quien ama, de los favores "burocráticos", es decir, "de arriba" y por tanto, en el motivo de una abyección y frustración sin fin, etc.): y no partir de preocupaciones externas, como hace Lukacs cuando, al hablar de Kafka, se refiere tout court a la "vieja monarquía de los absburgos", sin la mediación de los símbolos poéticos y su correspondiente sentido central del que se habló antes. Así, la alternativa final, formulada por Lukacs que dice: ¿Franz Kafka o Thomas Mann? ¿Decadencia artísticamente interesante o Realismo Crítico? nos resulta artificiosa y propensa a desviarnos de una apreciación estética adecuada, concreta, de los respectivos autores. Porque, en suma, ninguno de los dos adelanta su arte la verdad del realismo socialista, y por otra parte, el carácter de "Realismo Crítico", reconocido por Lukacs al arte (aunque burgués y decadente), del segundo, es superfluo, y por tanto no sirve para concluir de él el carácter distintivo de tal arte en tanto realismo crítico verdadero, sea por la razón general de que la poesía auténtica es siempre verdad realista (sociológica) y entonces es también "crítica" (es decir, no-unilateral por ser verdadera), sea por la razón ya mencionada: que lo "inmanente" —es decir lo episódico y croniquístico— que caracteriza el arte del segundo, lejos de constituir su mejor mérito, al confrontarlo con el arte del primero, profundamente alegórico o si se prefiere simbólico, le marca obviamente su límite y correspondiente valor (de verdad) inferior al del primero (como también, para quedarnos en la narrativa, al del arte de un Proust y de un Joyce). Y por consiguiente, no obstante, sería necesario invertir la elección indicada por aquella "alternativa", si tuviese un sentido metodológico-estético el hablar, al respecto, de alternativa y de elección.



editorial Losada
ISRAFEL
abelardo castillo

PREMIO INTERNACIONAL DE AUTORES LATINOAMERICANOS CONTEMPORANEOS, UNESCO, PARIS 1963

CENTRO DE ESTUDIOS DE ARTE ESCENICO
Dirección: HEDY CRILLA

Nueva sede para sus habituales clases de arte escénico. Apertura de un seminario que integran: prácticas escénicas, trabajos de investigación con actores, dramaturgos, etc. Ciclos de conferencias, charlas sobre temas de actualidad teatral. Primera charla, a cargo de Francisco Javier:

"El Teatro Francés a partir de Ionesco"

AGUERO 935, 8º p., A - T. E. 87-6858

LA CITA

cuento de MARTA LYNCH

¡Si me habrían hablado de esos tristes hoteles! Sin embargo, estaba allí. Al entrar, nos salía al encuentro un hombre bajo y gordo, extrañamente semejante siempre. (Quizá fuesen varios y nunca lo supe). Parecía muy preocupado por nuestro confort. Y después estaba la habitación, la pieza, más exactamente, esa cosa horrible, entre rocóco y burdamente refinada, esa horrible combinación de respetabilidad y hálito canalla con que el patrón había querido rodear aquello. En la habitación se acumulaban los objetos y los muebles. Yo los miraba de reojo, con temor de que el solo percibirlos certara el hilo duro y brillante que me unía a mi compañero. Recuerdo por ejemplo, las insólitas salivaderas. Salivaderas en el siglo y la pesadilla del aire acondicionado. Y dos pares de pantuflas de madera, tan trágicos como el resto de la pieza, zuecos impersonales que no recibían huella alguna, maderas mínimas sobre las que no podía imprimirse la individualidad de los cientos de parejas que acudían cada tarde, cada noche, creo que aún por las mañanas, a las horas en que los demás trabajan o tratan de ser, aún así, a la mañana, porque las citas se hacen, al fin y al cabo, en cualquier momento.

Alguien pintaría las paredes: un día eran plácidas escenas campestres con pastores rígidos que se asemejaban a cualquier cosa. (El pintor había usado profusamente rojos, amarillos y violetas). Otro día, todo se reducía a líneas, a triángulos o a rectángulos que cortaban cada perspectiva. Los muebles asumían en los rincones formas insólitas. No había respiradero. Un perchero de oficina vieja —triste lugar de decadencia y miseria— levantaba en la penumbra su curiosa arquitectura. El lo utilizaba. Después de un rato, yo alcanzaba a ver sus oscuros pantalones, prolijamente colgados. Y a veces, también veía sus zapatos; en el interior llevaban escrito el nombre del comercio donde los comprara, Vinelit o Vinlit o algo parecido, nunca acerté a leerlo del todo, pero allí estaban sus zapatos, al lado de los zuecos. Y yo decía: son los zapatos que lo llevan y los oscuros pantalones con que lo conocí. Eran los mismos y yo necesitaba verlos de nuevo, bajo la misma incontaminación, sin los dibujos en las paredes ni los zuecos que no se deformaban con el uso; yo necesitaba verlos y entender que eran sus zapatos, y aun los pantalones de él.

Estábamos solos. Al fin y al cabo íbamos a eso. ¡Habíamos probado tantas veces que el mundo es un horrible lugar atestado! Y a pesar de todo, el aire mismo se me ocurría cargado de

presencias extrañas. Raramente escuchaba ruido alguno. Una larga pitada de trenes, eso sí, porque el hotel estaba construido sobre una estación de ferrocarril. Ni siquiera era único. Había docenas de hoteles semejantes. Era imposible indicarle al chofer del taxi una dirección aproximada sin que el tipo, al fin, nos envolviera en una mirada sobradadora. A veces, trataban de cobrarnos algo más por sólo llevarnos hasta las inmediaciones. Caminábamos en silencio una cuadra o dos. En nuestra ciudad siempre a oscuras, no sé por qué, aquel barrio se me aparecía bajo una luz brillante, de escenario. Tratábamos de tomarlo a broma. Ensayábamos algunas conversaciones inocentes, falsamente joviales, Dios mío, hasta eróticas. Todo era igual. Junto a la puerta, él me aconsejaba:

—Zambullite.

Yo notaba que su voz temblaba de orgullo herido, de delicadeza, ¿por qué no?, él debía sentir vergüenza, estaba hecho a otra vida, a otra época ni mejor ni peor, falsamente distinta en que la carne era una cosa y el espíritu otra. Yo fingía estar alegre. Me burlaba un poco. Algunos obreros, desde la acera opuesta se reían o nos gritaban cosas. Ellos pensarían que era algo extremadamente fácil. Pobres diablos. Y los que pasaban por la calle solían darse vuelta con una incansable curiosidad, un mandadero con la canasta vacía bajo el brazo o la vendedora de tienda que regresa a casa, o qué sé yo, todos sentían algo semejante frente a nosotros.

Digo que yo me burlaba un poco. No estaba bien sentir la cara ardiente cada vez, como si tuviera fiebre, ni cruzar la puerta de calle hablándole de amor ni de la serie de fichas que debía entregar al día siguiente con un estudio sobre Borges. Nunca se me ocurría nada adecuado. En cuanto doblábamos la esquina, él murmuraba que había mucha luz y que no podía ser y que yo debía mirar hacia la pared y después repetía:

—Zambullite.

No sé el motivo de que aquella me pareciese una expresión extraordinaria y tenía un significado claro. Tampoco hubiera podido entender otra cosa que no fuera lo que él mismo quería hacerme comprender. Zambullite o desaparecía. Tuvimos suerte de no hallar nunca a nadie si exceptuábamos al hombre bajo y gordo preocupado por nuestro confort. Al vernos se apresuraba a cumplir con su misión, con una solicitud de madre. Parecía hacerse a la idea de que el tiempo era para nosotros una cosa doblemente valiosa, imposible de perder. Era curioso, pero no daba la impresión de

que para él, en cambio, el asunto todo se refería a un problema de tarifa doble o simple según el amor fuera, a su vez, rápido o paciente, si una piel necesitara o no el alimento de la otra. Eso no entraba en la cuestión. Si aquel hombrecito sentía, ante nosotros, florecer u codicia, no lo demostraba. El paso presuroso era el mismo, la voz servil resultaba eficaz y tranquilizadora.

Mientras yo me enfrentaba con la habitación —siempre era otra, siempre era distinta; nunca pude albergar un recuerdo, sonreír ante un detalle tierno, ablandarme ante una moldura que me recordara algo— él conversaba en voz baja con el hombrecito. Al entrar, aún no había guardado en el bolsillo interno de su saco una billetera gastada.

Claro que su mirada era tan clara que me hacía trastabillar.

Por buen gusto, colgaba frente a los espejos las mantas y las sábanas. Hacíamos el amor sobre un cojín gastado por el uso. Y apagábamos la luz. Aquel amor a oscuras borraba los falsos querubines tallados en el bronce, borraba la extática cornamenta de la percha, los horribles pastores que languidecían sobre las paredes, las sonoras salivaderas que empujábamos cada vez, con inocente disimulo, bajo la amplia cama. La oscuridad nos deglutía y debo aclarar que lo lamentaba. Entonces, como una casaca veterana que se entrega por simple mecanismo de hábito, me esforzaba por atisbar el cabello que raleaba sobre la frente y aquel cansancio de las mejillas, aquella tez oscura y agotada que me despertaba amor.

Dije que estábamos a solas. A eso íbamos, es verdad, porque hay quienes como nosotros no encuentran nunca un lugar que les es adecuado, para quien el ancho mundo no es sino un largo y tenebroso túnel sin luz. Sin embargo, aún en el silencio, sentíamos la presencia de los otros, de las muchas parejas de fantasmas semejantes que, pared por medio, ensayaban un rito casi igual, entablaban diálogos entrecortados, agotaban el sexo, las bocas, las miradas, echaban mano a las zonas oscuras del orgasmo, se empastaban con líquidos viscerales, temblaban, se mordían, aullaban, se retorciaban, quedaban con los ojos fijos en el techo, en las molduras horribles, en los rincones ocupados por los muebles de ocasión, arrastraban una frialdad de siglos y un ardor de segundos, fingían amor o lo sentían, se manoseaban y se consumían. Por todas partes estaban ellos, conducidos de la mano por el hombrecito bajo y regordete que anotaba

(Continúa pág. 8)

EL ESCARABAJO DE ORO 7

LA CITA (de pág. 7)

cuidadosamente, cada vez, el precio de la habitación. Eran viejos y monstruosos, colegiales intrépidos o casadas adolescentes, mujeres que lo sabían todo o aun los que todo tenían que perder. En un silencio pegajoso —como las sábanas y las toallas immaculadamente blancas y dobladas— en un paréntesis pringoso, yacíamos allí, boca arriba o estrechamente abrazados. Si algo hubiera levantado el techo de aquella casa infernal se nos hubiera podido descubrir en idéntica situación. Boquiabiertos y jadeantes, falsamente amistosos y enardecidos, echando mano de los zuecos, de las salvaderas, de los picaportes manoseados, descubriendo la cara que se ama, canallescamente, mil veces repetida, deformada, multiplicada entre los dos espejos.

Cuando salíamos, por lo general, ya era de noche. Algunos, sin embargo, aún se volvían a mirarnos. Esa vez que les cuento ahora, una mujer en un pequeño automóvil alemán (sentada junto al volante aguardaba) me clavó los ojos ávidamente. Yo también la miré. Pensé con ironía que debía desprenderme o que se moría de curiosidad o que de allí a un rato le diría a su marido: "Vi una mujer así o así saliendo del hotel". El marido le cambiaría la conversación. A pesar de todo, una hora después, yo ocuparía su lugar dentro de la sociedad en que vivimos. Diríamos cosas semejantes, quizás alguien nos presentaría y tomaríamos té.

Aquella última vez —uno siempre la recuerda, esto que les cuento ahora ocurrió casi de golpe, sin pensarlo— también ví que él guardaba su gastada billetera en el bolsillo interior del saco. Su mirada era blanda y limpia, locamente amorosa como la del adolescente con su novia de banco. La habitación que nos tocó en suerte era mucho peor. Alguien había escrito con lápiz, sobre la pared, frases obscenas. Las leí cuidadosamente. Cacho y Lina hacían cosas tremendas. Margarita y Raúl se amaban. Rosa y Luján se habían chamuyado sobre aquella cama. Llevaban fecha, un dibujo torpe. Alusiones políticas. Decía: "Perón". Las releí advirtiendo que aquella tarde entraba en lo que iba a ser mi historia. Digo que la cama era mucho peor. Una larga sirena desnuda estaba dibujada en oro y ocre sobre la cabecera. Alrededor del "toilette" y del gran espejo que la reflejaba estallaban estrellas doradas de distinto tamaño, un grifo del baño goteaba y había llenado el piso de una humedad viscosa y maloliente. En la piecera, el mismo artista monstruoso de la sirena, se había deleitado pintando —en oro y ocre— media docena de peces ventrudos. Todo tenía un aire de encierro y moho. Había olor a semen y a mucosidad.

La mirada de él seguía siendo limpia y blanda. Habíamos ido esa vez como todas para estar a solas porque el ancho mundo nos era ajeno. Ya lo dije. Pero la pieza lúbricamente respetable

estaba llena de sonidos, de voces furiosas y de lamentos que no nos pertenecían. Los que gozaban allí no éramos nosotros. Había gente, extraños, mi marido, la mujer de él, lo que habíamos amado, lo que habíamos creído amar el uno en el otro. La sirena de la cabecera nos miraba con expresión absorta. Ni siquiera sonreía. Los redondos pechos rosados se desparramaban sobre su vientre infecundo. Apagar las luces o no era lo mismo. Yo podía distinguir el ombligo dibujado que brillaba sobre mi cabeza y las doradas estrellas del "toilette" donde aparecía y desaparecía el rítmico movimiento de mis piernas. El estaba más viejo y cansado de lo que nunca estuviera. Su vejez era de siglos. Habíamos hecho aquello muchas veces, otras tantas habíamos luchado con un inocente monstruo seminal. Ahora los muebles, la sirena, el hombrecito de la entrada, la pareja de la habitación vecina se ponía de pie sobre nuestros cuerpos enlazados. Las paredes llenas de pastores descubrieron el juego de los otros y nuestro propio juego. Traté de redescubrir su mirada tierna. Traté de descubrir su juventud en mi boca. Tratamos. Eso es verdad. El amor se desplomaba como un fardo mal liado. El amor era un niño jiboso de mirada triste. El amor era un adolescente sobre una silla de ruedas. El amor se deshacía bajo la mirada comfortable del hombrecito que anotaba el precio de la habitación y la hora en que debía llamarnos a la realidad. El amor era una pobre cosa maloliente. El amor era un monstruo seminal que no cuajaba. El amor era el silbato del tren que partía sin nosotros. El amor era una triste pieza de hotel.

El amor era la salvadera que aún por última vez empujé cuidadosamente bajo la cama.

Lo que nos dijimos no creo que sea del interés de nadie.

Si discutimos o lloramos o si tratamos de gozar sin conseguirlo. Cuando me vestía, me pidió que lo aguardara. Pensó que el hombrecito se asombraría de ver salir de una pieza a una mujer sola y con cara de sonámbula. Sí. El tenía razón. Sería mejor que lo aguardase y que saliéramos como si nada hubiera ocurrido en la habitación amueblada de un hotel de citas. Lamento utilizar para el recuerdo aquella horrorosa habitación. La peor de todas. Siempre es mejor tener un lindo recuerdo. Pero ahora aunque no lo quiera, sólo veo, al evocar, los redondos pechos rosados de la sirena con rostro malicioso. Recuerdo mi empecinada frialdad, mi constante humillación y las pobres excusas que él me daba en la penumbra, pretextando cansancio, pesadumbre o simplemente perplejidad.

Recorrimos los pocos metros que nos separaba de la calle sin mirarnos. Una pareja salió detrás, podía escuchar el doble taconeo. La puerta junto a la que él me decía zambullite se cerró de golpe. Afuera, estaba la mujer dentro del automóvil alemán. Nos miramos largamente. Creo que él trató aún de conversar conmigo. Pero era inútil. Por la ventanilla del taxi viejo que conseguí en seguida, lo vi parado en la última esquina, con un triste rostro de acusado. Ahora pienso que hubiera debido sonreírle. Pero no pude.

Noviembre de 1963.



Quiosco de PEDRO SIRERA

Todos los números atrasados
de "EL ESCARABAJO
DE ORO"

TODAS LAS REVISTAS LITERARIAS DEL PAIS

segunda tirada de:

"DISCUSION CRITICA A LA 'CRISIS' DEL MARXISMO"
(respuesta a HECTOR P. AGOSTI), de Abelardo Castillo, con
prólogo de Arnoldo Liberman y ensayos de Liliana Heker y
Ricardo Piglia

30 pesos

junto al cine Lorraine
frente al San Martín
a la cabeza de los quioscos.



BRECHT

ante la COMISION DE ACTIVIDADES ANTINORTEAMERICANAS

Una mañana, la mañana del 30 de octubre de 1947, Bertolt Brecht tuvo que comparecer ante la Comisión Investigadora de Actividades Antinorteamericanas. Después de la primera pregunta fue la Comisión quien compareció ante el genial dramaturgo, que, dándole vida a uno de sus personajes más queridos: el soldado Schweyk, se encargó de aniquilar a los inquisidores. La protesta o la indignación no fueron dadas en términos directos o provocativos. Todo se limitó a un juego habilísimo. Utilizaba el argumento de las traducciones fieles o cuando le preguntaban cuál era la trama de "La línea de conducta" respondía contando el argumento de "Der Jasager". El mérito y la fuerza del soldado Schweyk es comprender que aquellos que tienen por delante son unos imbéciles. Y en aquella mañana del 30 de octubre, Brecht, reencarnado en su propio personaje, se encontró con tres y como a tales les contestó.

Farnell Thomas, el presidente; Robert Stripling, el investigador en jefe de la Comisión y J. Baumgardt, el intérprete; fueron los encargados de interrogar al dramaturgo. Los fragmentos que a continuación se publican contienen las partes esenciales tomados del texto original de aquel interrogatorio.

Stripling. — ¿Cuál es su profesión, señor Brecht?

Brecht. — Soy comediógrafo y poeta.

S. — ¿Comediógrafo y poeta?

Brecht. — Sí.

S. — ¿Dónde trabaja ahora?

Brecht. — No tengo empleo.

S. — ¿Ha trabajado para la industria cinematográfica?

Brecht. — Sí, sí... he vendido un argumento a una productora de Hollywood, "Los verdugos también mueren"... pero no he escrito el libro cinematográfico. No soy un libretista profesional. He escrito también otro argumento para Hollywood, pero no ha sido realizado.

S. — "Los verdugos también mueren"... ¿a quién lo ha vendido?

Brecht. — Creo que a un independiente, Pressburger de la United Artist.

S. — ¿United Artist?

Brecht. — Sí.

S. — ¿Cuándo vendió ese argumento a la United Artist?

Brecht. — Este argumento... no recuerdo, exactamente; alrededor del 43 ó 44. No recuerdo.

S. — ¿Y a cuáles otras productoras ha vendido su material?

Brecht. — A ninguna otra.

S. — ¿Ud. es miembro del partido comunista de algún país, o lo ha sido en el pasado?

Brecht. — Señor Presidente: he sabido que algunos de mis colegas consideraban esa pregunta como no pertinente, pero yo soy huésped de este país y no quiero

empeñarme en una discusión jurídica, por lo que le respondo con la más absoluta franqueza. No soy ni he sido nunca miembro de ningún partido comunista.

Presidente. — ¿Ha respondido pues que no ha sido nunca miembro del partido comunista?

Brecht. — Exacto.

S. — ¿No era miembro del partido comunista de Alemania?

Brecht. — No, no lo era.

S. — ¿Sr. Brecht, es verdad que ha escrito un cierto número de poesías, dramas y otras obras muy revolucionarias?

Brecht. — He escrito un gran número de poesías, canciones y dramas por la lucha contra Hitler y, naturalmente, eso puede ser considerado revolucionario porque yo, lógicamente, era partidario del derrocamiento de ese gobierno.

P. — Señor Stirling, no nos interesan aquellas obras que pudo haber escrito para contribuir al derrocamiento de Alemania, o de su gobierno.

S. — Entiendo. Bien, de un examen de las obras que el Sr. Brecht ha escrito sobre todo en colaboración con Hans Eisler, surge que parece ser una persona de importancia internacional en el movimiento revolucionario comunista. ¿Entonces, Sr. Brecht, es verdad que Ud. ha escrito artículos aparecidos en estos últimos meses en revistas de la zona soviética de Alemania?

Brecht. — No, no recuerdo haber escrito esos artículos y no los he visto impresos. Escribo poquísimos artículos; casi ninguno.

S. — Señor Presidente. Tengo aquí un documento que entregaré al intérprete para que quiera identificarlo ante esta Comisión, con particular referencia a un artículo que aparece en la página 72. (Lo entrega).

Brecht. — ¿Puedo hablar de esa publicación?

S. — Sí. ¿La reconoce?

Brecht. — Seguro. Pero no es un artículo; es una escena de una comedia que he escrito, creo, en 1937 ó 1938 en Dinamarca. La obra se titula "Terroros y Miserias del Tercer Reich", y es una escena de una mujer hebrea en Berlín alrededor del 36 ó 37. Veo que ha sido impreso en esa revista, "Ostund West", en julio de 1946.

S. — Señor Intérprete, ¿quiere traducir por favor el título de esa revista?

Intérprete. — "Este y Oeste". "Contribuciones a los problemas políticos y culturales de la actualidad", dirigida por Alfred Kantorowicz. Berlín, julio 1947. Primer año de publicación.

S. — Sr. Brecht, ¿conoce al director de la publicación de la cual se ha leído el título?

Brecht. — Sí, lo he conocido en Berlín y lo he encontrado nuevamente en Nueva York.

S. — ¿Sabe que es miembro del partido comunista alemán?

Brecht. — Cuando lo conocí en Alemania, creo que era periodista del grupo "Ullstein". No era un grupo comunista —no lo era entonces— y no publicaba

(Continúa pág. 10)

BRECHT (de pág. 9)

en diarios del partido comunista. Así que no sé exactamente si era miembro del partido comunista alemán.

S.—¿No sabe si era miembro del partido comunista?

Brecht.—No, no lo sé.

S.—¿En 1930 Ud. escribió, en colaboración con Hans Eisler, un drama intitulado "Die Massnahme"?

Brecht.—Sí.

S.—¿Puede explicar a la Comisión el tema de ese drama, de qué trata, en suma?

Brecht.—Sí, trataré.

S.—Explique primero qué significa el título.

Brecht.—"Die Massnahme" significa... (Habla en alemán).

I.—Medidas a tomar o... pasos a realizar... Medidas...

S.—¿No puede significar medidas disciplinarias?

I.—No, no. Significa medidas a tomar.

S.—Entiendo. Y ahora, Sr. Brecht, diga a la Comisión...

Brecht.—Sí.

S.—¿...de qué trata ese drama?

Brecht.—Sí. Es la reducción de un antiguo drama religioso japonés, de un No, y sigue de cerca esa vieja historia sobre la devoción a un ideal capaz de llegar hasta la muerte.

S.—¿Cuál era ese ideal, Sr. Brecht?

Brecht.—En el viejo drama era un ideal religioso. En el nuevo...

E.—¿No tienen nada que ver con el partido comunista?

Brecht.—No.

S.—¿Y con la disciplina interna del partido comunista?

Brecht.—No, no, es un drama distinto, una reducción. Estaba ambientado entre Rusia y China en 1918 ó 19, o alrededor de esa fecha. Ciertos agitadores comunistas estaban en una especie de tierra de nadie ya que Rusia entonces no era un Estado, y no tenían un verdadero...

S.—¿Puedo interrumpirle, Sr. Brecht? ¿Ud. definiría este drama como filocomunista, anticomunista o en posición neutral respecto a los comunistas?

Brecht.—No, diré... En verdad, la literatura tiene el derecho de presentar al público las ideas de la época. En este drama... de estos dramas he escrito una veintena... he buscado expresar los sentimientos y las ideas de los obreros alemanes que combatían contra Hitler. Me servía a tal fin...

S.—¿Ha dicho que combatían contra Hitler?

Brecht.—Sí.

S.—¿En 1930?

Brecht.—¡Oh, sí! La lucha comenzó en 1923.

S.—Pero Ud. ha dicho que se había de China, por lo tanto no tiene nada que ver con Alemania.

Brecht.—No, nada.

S.—En todo el drama se alude a las teorías y a las enseñanzas de Lenin, al ABC del comunismo y a otros clásicos

comunistas y a la actividad del partido comunista chino en general. (Lee algunos fragmentos del drama). Y ahora, Sr. Brecht, diga a la Comisión si es verdad que uno de los personajes de este drama es asesinado por sus compañeros porque ese es el interés del partido, del partido comunista. ¿No es así?

Brecht.—No, no es ésa precisamente la historia.

S.—¿No es asesinado por sus compañeros porque no quería someterse a la disciplina?

Brecht.—No, no es eso precisamente. Si se leyera con atención se advertiría que, como en el viejo drama japonés donde estaban en juego otras ideas, este joven que muere es condenado por haber dañado la causa en la que creía. El está de acuerdo y está pronto a morir para no agravar el daño producido. Entonces pide ayuda a sus compañeros, y ellos, todos juntos, lo ayudan a morir. Salta hacia un precipicio y todos lo acompañan, con cariño, solo hasta el borde de ese precipicio: esta es la historia.

P.—De sus palabras me parece entender que simplemente muere, no es asesinado.

Brecht.—Quería morir.

P.—¿Y entonces lo han matado?

Brecht.—No, no lo han matado en esta historia. Se ha matado él. Ellos se han limitado solamente a ayudarlo; antes, naturalmente, le habían dicho que su desaparición sería mejor para él, para todos y para la causa en que él también creía.

S.—¿Son numerosos sus escritos basados en la filosofía de Lenin o Marx?

Brecht.—No, no creo que eso sea exacto. Naturalmente, he estudiado; debo por fuerza estudiar. Como autor de dramas históricos, lógicamente debo estudiar las ideas de Marx sobre la historia. No creo que hoy se pueda escribir dramas inteligentes sin este estudio. También la historia como se escribe hoy está influenciada de modo decisivo por los estudios históricos de Marx.

S.—¿Ha colaborado con Hans Eisler para la canción "Elogio del aprender"?

Brecht.—Sí, he colaborado. Yo he escrito la canción y él la música.

S.—¿Estaría dispuesto a recitar a la Comisión las palabras de esta canción?

Brecht.—Sí con mucho gusto. Pero quisiera precisar que ella forma parte de otra reducción mía del drama de Gorki, "La Madre". En esta canción una obrera rusa se dirige a la pobre gente.

S.—¿Ha estado representado también en nuestro país, verdad?

Brecht.—Sí, en el 35, en Nueva York.

S.—Ahora le leeré las palabras y le pediré que diga si son exactas.

Brecht.—Bien.

S.—(Lee). "Aprended ahora la simple verdad, vosotros para los cuales el tiempo ha llegado finalmente; no es demasiado tarde. Aprended ahora el ABC: no basta, es verdad, pero ¡aprendedlo! No tengáis temor, no os descorazonéis. Debéis aprender la lección, debéis estar prontos a tomar el poder..."

Brecht.—[No, perdon, la traducción está errada. No es exacta. (Risa). Atiendan un segundo y les precisaré qué dice textualmente el texto.

S.—¿No es exacta la traducción?

Brecht.—No, no es exacta. No es ése el significado.

S.—He aquí una separata de "The People" publicada por el partido comunista de los Estados Unidos y editado por la "Workers Library". En la página 24 dice:

"Elogio del aprender" de Bertolt Brecht, música de Hans Eisler. Y continúa:

"Debéis estar prontos a tomar el poder; aprendedlo. Hombres sin trabajo, aprendedlo; hombres en las prisiones, aprendedlo; mujeres en las cocinas, aprendedlo; hombres de sesenta y cinco años, aprendedlo. Debéis estar prontos a tomar el poder".

Brecht.—Tal vez, Sr. Stripling, esta traducción...

I.—La traducción exacta sería: "Debéis ser la guía".

P.—¿Debéis ser la guía?

I.—Exacto. Dice indiscutiblemente "Debéis ser la guía", no "debéis tomar el poder". La traducción leída no es una traducción literal del texto alemán.

S.—Bien Sr. Brecht, desde el momento que está impresa en esta publicación del partido comunista, si es inexacta, ¿por qué Ud. nunca trató de corregirla?

Brecht.—No recuerdo haberlo visto jamás... No he visto jamás este libro. Probablemente no estaba en los Estados Unidos cuando fue publicado. No he concedido jamás la autorización para publicarla.

S.—Sr. Brecht, ¿jamás ha pretendido inscribirse en el partido comunista?

Brecht.—Era un escritor independiente y quiero proseguir independiente; es importante para mí, y también teóricamente, creo, era mejor para mí no inscribirme a ningún partido. Todas estas cosas que han estado leyendo no están escritas solamente para los comunistas alemanes, sino también para los trabajadores de otras ideologías; de estas lecturas participaban trabajadores socialdemócratas y también trabajadores católicos de los sindicatos católicos y también trabajadores que no habían adherido jamás a un partido o no intentaban adherirse.

P.—Sr. Brecht. ¿Gerhart Eisler le ha propuesto inscribirse en el partido comunista?

Brecht.—No, no.

P.—¿Y Hans Eisler?

Brecht.—No, jamás. Creo que se me consideraba un escritor que deseaba escribir y obrar en base a lo que veía, pero no un hombre político.

P.—¿Recuerda a alguien que pueda haberle insinuado inscribirse en el partido comunista?

Brecht.—Sí. Alguien debe haberme lo sugerido, pero después advertí que no era asunto mío.

P.—¿Y quién era ese alguien?

Brecht.—Oh, lectores.

EL DEBATE CHINO-SOVIETICO Y EL ENSAYO DE GORZ

El enfoque que un europeo, desde su circunstancia, ha de hacer sobre el debate chino-soviético, compartamos o no su toma de partido, echa luz sobre algunos aspectos del conflicto que nosotros, americanos, sumergidos en una realidad americana, no solemos tener en cuenta o desconocemos en su totalidad. Importa, pues, este ensayo de André Gorz, colaborador íntimo de Sartre y Redactor Jefe de Les Temps Modernes. Y no sólo porque nos da la contraparte europea, que también nos hace falta para acabar de entendernos nosotros. Gorz —y es aquí donde su análisis empieza a ser iluminativo— entiende que, al margen de la realidad francesa, su opción por las tesis rusas puede, acaso, no ser válida. “Poder razonar a largo plazo”, escribe, “es nuestro privilegio y nuestro lujo de hombres bien alimentados, mientras que para otros pueblos la batalla decisiva tiene lugar ahora mismo” y (...) “Cuan-

do se es peruano, venezolano o guatemalteco, la confianza, la comprensión y las garantías son los ardidés jurídicos con los que el opresor encubre su violencia”. Sabemos, no obstante eso, que obviando con ingenuidad lo que realmente nos importa de este ensayo, puede interpretarse su publicación como una toma de partido de “El Escarabajo de Oro”. No. Y esta cautela nuestra, no es arbitraria: entre los intelectuales y los políticos, y hasta en el ambiente periodístico (?), los pronunciamientos definitivos, ya sea por China o por Rusia, están a la orden del día. No es algo así lo que nos proponemos; no creemos, acá, dentro de nuestra incierta realidad argentina, en la eficacia de una elección sensacional (y mecánica) entre dos bloques. Harto se ha especulado ya, mucho se ha ocultado la inacción, en virtud de esta disyuntiva. A su debido tiempo daremos, in extenso, nuestra visión sobre el conflicto. Ahora,

basta aclarar algunos puntos. Es seguir perdiendo el tiempo si, distrayéndonos del análisis de Gorz, pretendemos sacar conclusiones de su opción particular. El hecho de que un redactor de Les Temps Modernes se pronuncie, en Francia, y para Francia, por la coexistencia pacífica, no modifica en absoluto nuestra circunstancia, ni podrá desviar el curso que pudiera tener nuestra propia lucha por la liberación nacional. Ni la francesa. Y esta lucha, reconozcámoslo de una vez, no se libra con resonantes pronunciamientos. Hay un hecho histórico tan claro que ni falta hace pronunciarlo: no sabemos, hasta hoy, del medio para liberar a los pueblos que deseche la violencia. Ahora bien, ¿justifica esto que optemos, sin matices, entre las tesis de dos potencias ya socialistas? O mejor, ¿conduce a algo? Aún no hemos dado un solo paso, violento o no. Y sabemos que, de darlo, nos harán falta no sólo las tesis chinas: toda la experiencia revolucionaria que desde Espartaco a la Comuna o la Rusia de principios de siglo hasta el último levantamiento en Venezuela, viene acarreado la historia; y, fundamentalmente, nos hará falta haber comprendido esta tierra, la que nos ha tocado. Lo otro: si la posición soviética afectará o no las revoluciones americanas, es imposible saberlo antes (sólo podemos afirmar que a la única revolución que existe hoy no la afecta). Pero, si aún no hemos podido resolver nuestras contradicciones más inmediatas, parece bastante jactancioso que pretendamos resolverlas a partir de la contradicción mundial. En cuanto a la opción personal de Gorz, conviene hacer una advertencia: reconocemos a quienes, de buena fe, y basándose en especulaciones teóricas, entienden que sólo por la coexistencia pacífica entre las naciones se podrá arribar al socialismo mundial. Pero no justificamos de ninguna manera a quienes, timoratos cuando no francamente reaccionarios, y pretextando el peligro de una guerra mundial, legitiman —transforman en conducta— su pasividad. No hace a la cuestión si esa “pasividad” se justifica o no en Francia. Resta entender que también las declaraciones ampulosas embozan una forma de inacción. Cualquiera día puede pasarnos que Rusia y China lleguen a una solución y entonces no habrá más remedio que entender que, por acá, todo está como era entonces y que, hasta el momento, seguimos estando bastante al margen de los grandes desequilibrios universales. Y, lo que es peor, bastante al margen del nuestro.

SPILIMBERGO

Ha muerto Lino Eneas Spilimbergo. Pensamos, como suele pensarse en estos casos, llamar al pintor más cercano y pedirle lo que se pide: “hacé el favor, dame algunos datos sobre Spilimbergo, qué sé yo, exposiciones, premios, cuadros, algo de eso, hay que hacer una nota”. No llamamos, para qué, el simple hecho de necesitar datos indica lo importante; Spilimbergo era (es) un artista de verdad. Nosotros, los argentinos, no lo sabemos —nos suele pasar— como tendríamos que saberlo. Quizá por esa indiferencia, por esa “cosa” que, dicen, es propia del argentino. Hasta que, de pronto, en Córdoba, se nos muere Spilimbergo. Entonces a pedir datos, a conocerlo, así, periodísticamente. Y hacer una de esas notas desgarradoras, donde mezclado con los más importantes cuadros y premios (que vean que conocemos lo que cinco minutos antes nos han dictado) aparece su exagerada pasión por el vino; o aquello de que volvió de Italia para morir aquí, emotivamente en su país. Un bloque bien revuelto: tenemos que noticiar y conmover. Mentira. Mientras escribíamos pensamos dónde deslizar este adjetivo o si ahí el punto queda más fuerte que la coma; dónde decir lo del premio en Francia, para después estremecer con lo del vino. Y, en cualquier momento, el chiste, alguien lo dice y todos reímos. Porque es así: uno se muere, Spilimbergo, y en los primeros minutos el dolor es cierto, después viene el chiste. Por todo eso, esta vez, no vamos a pedir datos. Ni sabemos si ganó premios en Francia, o cual es su obra clave. Vamos a inventar, mejor, el rostro de un chico, o un atardecer, o la mirada perdida de un hombre en cualquiera de sus cuadros. Lo otro no importa. Dentro de doscientos años alguien se enterará que usted fue el maestro de todos los artistas argentinos y uno de los más grandes creadores de nuestro tiempo. Y un desesperado.

VICENTE BATTISTA

EDITORIAL (de pág. 4)

biar eso, es una vergüenza que no restaña ninguna ideología, ningún partido, ningún poema. Es una infamia, que se siente a nivel ético. O no se siente.

Y entonces, si no se siente, hay mala conciencia; que también es mala fe. De eso hablábamos.

Se ha querido encontrar en la polémica con H. P. Agosti, decíamos, un programa de ataque al partido comunista. En algún caso, se nos felicitó por esto (¿?). En otros, se nos achacó blandura: el "haber sobado el hombro a los bolches" (sic). Pero, sobre todo, se nos ha objetado el haber escrito: "Lo consideramos el único partido argentino semejante a un partido obrero orgánico".⁶ Esto, se nos dijo, es una concesión. Dejemos de lado la obvia respuesta: "¿por qué?" O: "¿qué otra organización política de izquierda, si no?" Respuesta que no significa elegir, de los males, el mejor; sino, en principio, expresar una opinión, cuya falsedad sólo podría demostrarse refutándola. Una opinión, por lo demás, que ya quedó muy clara (y acaso fundamentada también) en la página once de "Discusión Crítica". Pero, volvamos las cosas a su sitio. Ni ataque, ni concesión. Y menos que nada, lo primero. Ningún programa antipartidista. De eso justamente hablamos en nuestro ensayo. Ya sea fomentado por la miopía crítica de Héctor P. Agosti, o por la suspicacia matrera de Juan Lanús, ése es naturalmente el único programa político de izquierda (?) que no estamos, en modo alguno, dispuestos a compartir. Nos guste o no la septuagenaria imperceptibilidad histórica del señor Codovilla. Vamos a decirlo muy claro, de una vez por todas: "El Escarabajo de Oro", entre el riesgo de hacer anticomunismo político y la (supuesta) exigencia histórica de hacer "concesiones", pues bien: las hace. Pero veamos. Dónde y cuándo hemos hecho concesiones. ¿No haber publicado esa "Discusión Crítica" hace tres años? Es cierto. Y a eso nos referíamos. Porque, la Pureza, a ras de infantilismo ideológico, tiene un nombre que, de estamparlo aquí, nos cierran la revista; pero no por sospechosa. Por mal hablada. ¿Quién es nuestro enemigo real?; esto hay que preguntarse. Discrepemos o no entre nosotros, ¿qué es la derecha en nuestro país? Escribíamos en "La Nebulosa Inicial", hace exactamente tres años: "El gran problema de la izquierda, de la coincidencia entre los diversos grupos de izquierda, es menos un problema táctico que estratégico. En los regímenes capitalistas existe, de hecho, un Frente Común antirrevolucionario (...) no importa, pues, que la burguesía ejercite sus 'excedentes de fuerza' en vanas conflagraciones de familia. Lo que importa es que sabe lo que nosotros ignoramos: DONDE

⁶ La cita completa dice: "Lo consideramos, por lo demás, el único partido argentino semejante a un partido obrero orgánico, y si bien su eficacia —computable en influencia real, no en consignas obreras— es hoy dudosa, nos parece la única organización en condiciones de expresar, llegado el caso, la conciencia del proletariado." (Discusión Crítica a La "Crisis" del Marxismo, pág. 11).

ESTA EL ENEMIGO REAL. Llegado el momento, la derecha, canaliza sus fuerzas en un solo sentido. Estrecha filas, abandona para mejor oportunidad el "juego" y —con un instinto de disciplina que haríamos bien en imitar—, nos borra, prolija y concienzudamente." A todos. "El 'peligro comunista del que hablan los generales y los obispos, no se reduce para ellos al partido comunista; alcanza también al partido socialista, a los escritores de izquierda, a las revistas literarias, y, por eso de que la bola echada a rodar desde una montaña crece y no puede detenerse, acaba por arrasar, también, a los representantes más lúcidos de la burguesía."⁷ Nos gusten o no nuestras caras o nuestros estilos: ¿quiénes son ELLOS? De ahí, no de otro sitio, no de China ni de la Unión Soviética, no de las impávidas estrellas ni del Astrolabio fenicio, extraeremos nuestra línea de conducta. Nuestra ética revolucionaria. Vivimos en un país donde, mirado de golpe, todo el mundo parece insurrecto. Hay comunistas, trozkistas, socialistas, nacionalistas de izquierda, izquierdistas nacionales, bomberos voluntarios. De todo. Se encuentran dos intelectuales, en la calle, y ya no dicen: "¡Hola!" Pregunta uno de ellos: "¿Vamos a fundar el Único Partido Revolucionario Obrero Campesino Marxista Leninista?" Y el otro responde: "Bueno. Pero estás expulsado". Se gritan corrompido burgués enfermizo, intelectual loco. Y un obrero, que a esa hora de la mañana pasaba silbando la Marcha Peronista, en dirección al frigorífico, viéndolos, ha llamado al vigilante. Quien (como sí sabe comportarse) los metió presos. A los tres.

No afirmamos que este último análisis agote toda la realidad; pero, lo confesamos, se nos ocurrió de golpe y hace más o menos treinta segundos. Nuestros teóricos, hace más o menos treinta años que

(Continúa pág. 20)

⁷ "La nebulosa inicial", EL ESCARABAJO DE ORO, N° 2 (julio 1961). Los cercanos sucesos de Brasil, la caída de Goulard y la canallesca persecución a la izquierda y aún a los liberales con el habilidoso subterfugio de "barrer al comunismo" son una prueba algo elocuente de lo que ya hace tres años decíamos. No un programa revolucionario: la mera amenaza de conseguir el voto democrático para la población analfabeta o una irrisoria tentativa de reforma agraria, pueden, como se ve, desencadenar una rebelión militar de ultra derecha, la enmienda de la Constitución, una dictadura castrense, muertes, indiscriminados arrestos en masa de miles de hombres —Niemeyer entre ellos—, el vejamen a otros miles —Josué de Castro entre ellos—, la supresión de la Dorada Libertad de Prensa, etc. Otras meditaciones, claro está, surgen de estos hechos: que quizá es algo utópico, sin el apoyo incondicional (a muerte) de un pueblo sublevado y al que no se sublevará prometiéndole el voto, derribar en América Latina el capitalismo. Que tampoco se sublevará a nadie mientras, la izquierda (es decir "comunistas" todos, vistos desde la derecha), no asuma su condición de bloque; de movimiento. Y es justamente en la izquierda no comunista donde debemos tener muy claro esto. Toda crítica que sirva, a la derecha, para hacer anticomunismo, es un modo astuto del suicidio. Lo cual no impide (más bien exige) la crítica. Pero induce a la reflexión acerca del cómo, el cuándo, y el desde dónde. Y esto vale para ciertos abombados dirigentes comunistas tanto como para nosotros.

ESCARABASCOPIO

EL GATOPARDO
DE VISCONTI

Es, creemos, de toda la obra de Visconti, la más lograda, y, seguramente, una de las más comprometidas. No podemos, en esta sección, intentar una crítica extensa (la haremos, pero en otro número). Podemos, en cambio, y debemos, aclarar estos juicios. Desde el punto de vista cinematográfico (y a pesar de la desavenida versión inglesa, y del cambio de color) es inobjetable: todo, cada gesto, cada mirada, ha sido minuciosamente elaborado —no en vano Visconti es un gran regisseur—; cada detalle impresiona hasta su raíz. Algunos personajes: don Chicho, el cura, la mujer del Gatopardo, están magníficamente interpretados. Y Burt Lancaster, en el Gatopardo, está inolvidable: una composición para la historia. Pero hay algo más que hace perdurable esta película: a través de ella se hace una de las críticas más demoledoras y coherentes de la burguesía pretenciosa, que se haya logrado con lenguaje cinematográfico. Se le ha criticado a Visconti una supuesta tendencia a justificar a la aristocracia. No hay tal. En todo caso se salva a un hombre, no a una clase. Film molesto para las "buenas conciencias", y uno de los pocos grandes que ha dado el cine.

QUIÑONES Y GRANDE

Félix Grande y Fernando Quiñones, dos de nuestros colaboradores en España, han sido premiados. Nos sentimos como el amigo que dice: el Cholo juega en Boca, o como cualquiera con una tía millonaria. Y mejor. Porque cuando creíamos que nunca más, que dejalo así que esa sección no tiene remedio, ellos ganan premios de poesía: el Premio Nacional para Félix Grande, y el Leopoldo Panero para Fernando Quiñones. Quiñones nos escribe: "Personalmente no me gustan los premios, pero en nuestros países hay que obtenerlos para que te consideren escritor. Es una desgracia que sea así, que tengas que valerte de la mentira de los premios, para decir la verdad." En fin, los paralelos surgen solos. Nuestras felicitaciones a ambos, y que los sobrelleven.

LA HERENCIA:
SUCESO EN CANNES"LES TEMPS MODERNES"
Y EL DEBATE
CHINO-SOVIETICO

por ANDRE GORZ

No estamos en posición de jugar el papel de árbitros, ni el de testigos imparciales. En la divergencia chino-soviética, nosotros, europeos, no somos jueces, sino parte. Somos parte aunque no estemos bajo la amenaza de la pobreza ni mantengamos con la Naturaleza una lucha contra reloj. Somos parte, además, porque el paso al socialismo no puede hacerse por nosotros en un futuro inmediato, ni siquiera por insurrección armada, sino solamente a través de transiciones, inevitablemente signadas por luchas muy duras, escalonadas dentro de un período bastante largo.

La política llamada de coexistencia pacífica es la única aceptable para nosotros. Sabemos que un régimen de transición al socialismo no tendría posibilidades de imponerse y de mantenerse en el poder más que por una política de equilibrio entre el campo socialista y los Estados Unidos.

Nosotros somos parte, y no árbitros. El capitalismo ya no empuja a la desesperación a nuestras clases obreras, y la cruzada mundial contra el imperialismo apenas si las seduce. Por el contrario, tienen motivos para temer una victoria armada del socialismo, que convertiría en cenizas a las naciones desarrolladas y no ofrecería a los supervivientes —si los hubiera— más perspectiva que la de volver a empezar, en la lucha por la supervivencia, al mismo nivel que los peones de América Latina y los campesinos-obreros de China. Nosotros preferimos la coexistencia pacífica porque tenemos todo que perder en una guerra y porque la victoria del socialismo, aquí o en cualquier otra parte, no sería para nosotros tal victoria, pagada a ese precio.

Sería pura cobardía por nuestra parte si la guerra, a pesar de nuestras cautelas, siguiese siendo inevitable y si, al optar por la coexistencia, tratásemos sólo de obtener una prórroga —y de obtenerla al precio de concesiones, de retrocesos, de posibilidades perdidas que el enemigo de clase podría aprovechar el día de la explicación final. Somos cobardes y despreciables si no hay una vía pacífica hacia el socialismo; no lo somos si esa vía existe.

Durante largos años, las batallas sin resultado contra la política y el peligro de guerra han absorbido lo esencial de la energía de la clase obrera. Esta todavía no se ha recuperado completamente de este período; si no ha elaborado una estrategia autónoma y a largo plazo para la conquista del poder, adaptada a las condiciones nacionales y locales; si no ha sabido, por un escalonamiento de objetivos intermedios, hacer que se reflejara su fin lejano —el socialismo— en sus batallas cotidianas e, inversamente, hacer que en el horizonte de éstas apuntara ese objetivo lejano como su sentido ya presente; si entre la intransigencia revolucionaria y la táctica política, entre el largo y el corto plazo, entre el enfrentamiento global con el capitalismo y la inserción activa en sus contradicciones y sus procesos, la clase obrera no ha sabido encontrar las articulaciones necesarias, ello se debe en gran medida a la guerra fría. Durante mucho tiempo, ésta ha hecho extremadamente difícil toda acción autónoma, y vanas la reflexión y la investigación independiente. Luchar con la perspectiva de una guerra mundial inminente significaba dar por supuesto que la decisión no sería tomada aquí mismo, que la victoria (si la hubiese) vendría de fuera, que no existía vía nacional (o europea) y pacífica hacia el socialismo y que, por tanto, no había gran cosa que hacer salvo cerrar filas en espera de la hora X.

Este período ha pasado ya completamente. A pesar de los retrasos y lentitudes en la toma de conciencia, sabemos hoy que la "coexistencia" es necesaria, si es que ha de haber un progreso autónomo hacia el socialismo que, rechazando los modelos prefabricados, se adapte a las condiciones particulares de cada país y sea impulsado por las necesidades y las exigencias reales de cada pueblo. Para cada movimiento obrero, la coexistencia pacífica significa que no puede esperar el poder más que de sí mismo, que debe recobrar el dominio de su propio destino, su libertad de pensamiento y de búsqueda. La sal-

(Continúa pág. 14)

EL CONFLICTO... (de pág. 13)

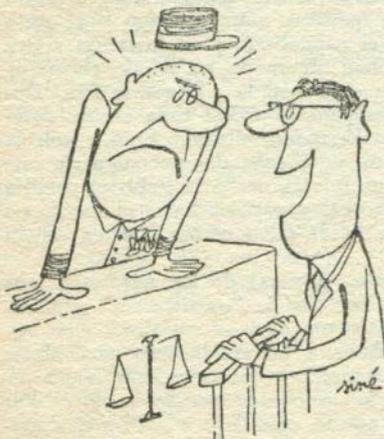
ROMEO Y JULIETA

Los críticos no la trataron con benevolencia. Los comentarios fueron, en su casi totalidad, negativos. Por ejemplo, una cronista de "El Mundo" (Dora Lima o algún objeto semejante) menospreció, paternalmente, a los intérpretes. Aficionados, los llamó, señalando la notable diferencia entre ellos y los profesionales. Nomenclatura útil, no lo dudamos, para llevar con corrección un catálogo en la Federación Argentina de Box. No tuvimos oportunidad de comentar Romeo y Julieta en su momento; no pensamos hacerlo ahora. Nuestra coincidencia y desacuerdos con lo que se ha dicho sobre la puesta en escena, dirección, escenografía, etcétera (es decir, todo lo que hace al teatro, pero que no es el teatro), ya no cumplirían ninguna función. Preferimos ocuparnos de algo que suele olvidarse, y que sí es el teatro. "Los Independientes" han montado a Shakespeare. Y montar a Shakespeare, aun mal, es siempre preferible a montar Ionesco bien. Sobre todo porque esto es bastante más fácil. Ciertamente los mismos críticos no señalan que la mitad de nuestras salas profesionales (?) están ocupadas por obras del prolífero Alfonso Paso, quien, si hablamos de amateurismo, ha de ser, midiéndolo con Shakespeare, algo así como la cuñada del vecino de un peso mosca, noqueado en el primer round durante una preliminar del Torneo Guantes de Oro, pidiéndole, a mi tía, que la entrene para pelear con Joe Louis. Pero esto sólo demuestra que tenemos una crítica lamentable. Y que casi no tenemos teatro. El "casi" lo debemos a los teatros independientes. Por eso, y por Shakespeare, un gran Grillo para todos.

ROMANO

La poesía de Eduardo Romano se mueve en dos sentidos: por una parte nos introduce en el mundo del malevo, de milonguita, que en Celedonio Flores resulta vigente pero en la Argentina 1964, no. Asume, en cambio, toda la fuerza cuando se despoja de los tauras y escribe La Gran Burguesa. Entonces sí, porteño auténtico, dice: Cómo me gusta tu carne, gran burguesa / cuando salgo de caza / en Buenos Aires. / Con tu sonrisa de nailon, ilustrada, / tu piel para interiores / y un vaciado impecable por cerebro. O hace nuestra de nostalgia en Unas cartas / que trajeron palabras / enteras y desnudas / el olor de las horas aplastadas / y las voces secándose en el patio. O el patetismo que encierra el haber nacido para morir, pero rebelándose: Qué suerte perra me ladra las entrañas / haber nacido preñado de la muerte. Este libro exige un verdadero análisis. En un próximo número lo intentaremos. Hoy sólo queremos decir

SINESTORIETA



(Continuará)

vación no llegará del exterior, no habrá hora X, ni existe partido-guía en el exterior. Para los partidos comunistas de los diferentes países, la doctrina de la coexistencia significa el fin del dogmatismo que les asfixiaba; esa doctrina corresponde, así, a una exigencia interna de su desarrollo.

Ahora bien, la realización de este nuevo modelo social es incompatible con la dirección centralizada y autoritaria que exigen la economía de guerra y el esfuerzo de construcción de armamento del pasado reciente. El apaciguamiento internacional y, de ser posible, el desarme, resultan indispensables, primero, para el desarrollo óptimo de la economía soviética y, después, para la transición hacia el comunismo. La opción en favor de la política de coexistencia pacífica viene además, seguramente, impuesta por una elección de política interior, en función de exigencias y de imposibilidades propiamente soviéticas: imposibilidad de contener la desestalinización o de dar incluso marcha atrás, de resistir a la presión popular en favor de una democratización más amplia y más profunda, de asegurar una tasa elevada de crecimiento y de mejorar la productividad sin descentralización y sin desburocratización.

Por todo ello, la cuestión estriba menos en saber si, desde el punto de vista de la "historia universal", el desarrollo en la U.R.S.S. de una sociedad y de un individuo "ricos" es deseable desde ahora, que en saber sino hubiera sido mejor mantener la austeridad y las formas autoritarias de dirección para dar prioridad a un esfuerzo masivo, tanto económico como militar, en favor de China y de los movimientos revolucionarios de los pueblos oprimidos. Porque planteada en este plano, la cuestión es puramente abstracta: las políticas no se elaboran sobre la base de consideraciones ideales, sino sobre la base de condiciones materiales e históricas. La única pregunta legítima es la siguiente: ¿Qué consecuencias tiene esta política para las luchas revolucionarias en el resto del mundo? ¿Expresa solamente los intereses particulares de la Unión Soviética, o bien éstos se confunden, o por lo menos convergen, con los intereses de todos los movimientos revolucionarios?

"Desarrollar la sociedad socialista es ante todo velar por el desarrollo de la economía. Cuanto más eficazmente realicen la construcción económica los países socialistas, tanto más fuertes serán en el plano económico y político, y mayor será su influencia sobre la orientación y los ritmos del desarrollo histórico." (PRAVDA, 7 de enero de 1963.)

Dos conclusiones fundamentales implica esta editorial de PRAVDA, igual que otros textos recientes que contestan a las tesis chinas:

1. Hay varios frentes en la lucha mundial contra el capitalismo; pero la batalla principal es la del frente central. Este frente es el de los países socialistas "avanzados", que son los únicos capaces de obtener la victoria decisiva sobre el capitalismo:

a) Esta victoria no puede ser sino pacífica, porque al final de una guerra mundial no habría más que vencidos. El único medio de vencer pacíficamente al capitalismo es edificar una sociedad socialista en la que la superioridad sea tan evidente que las masas de los países capitalistas no se den tregua hasta que su sociedad responda al mismo modelo. La construcción de este modelo exigirá alrededor de veinte años.

b) Las revoluciones de los pueblos oprimidos, si se hicieran a una cadencia rápida e instaurando de golpe regímenes socialistas, correrían el riesgo de convertir al "Tercer Mundo" en un foco de guerras. Ahora bien, estas guerras, aparte de que retardan el progreso de las economías socialistas, no han dado nunca, hasta ahora, por resultado una victoria neta del socialismo: los precedentes coreano, vietnamita y laosiano están ahí para probarlo.

2. Para escapar a la dominación imperialista y mantenerse en el poder, los regímenes revolucionarios deberían reorientar sus intercambios y recibir una ayuda sustancial del campo socialista. Ahora bien, para éste, tal cosa no sólo supondría el aplazamiento, y quizá la imposibilidad, de una victoria pacífica sobre el capitalismo; si las revoluciones antiimperialistas se hicieran a una cadencia rápida, el campo socialista, frenado en su desarrollo económico por punciones crecientes en sus recursos, podría revelarse incapaz de ofrecer a las naciones proletarias los mercados de recambio y los equipos de que tendrían necesidad. Si, en cambio, durante los próximos veinte años el campo socialista puede evitar las guerras y las punciones masivas en sus recursos, su preponderancia mundial en la esfera de los intercambios y de la ayuda económica le permitirá liberar a los pueblos oprimidos de su dependencia de los países imperialistas y conseguir que el Tercer Mundo cambie de campo gracias al solo juego de la competición pacífica.

Se puede reprochar a estas tesis que son antileninistas, que rayan en el "paternalismo tecnológico", que se basan en una concepción burocrática y en una política de poder: confían mucho más en las relaciones de fuerza y en los factores externos que en la dialéctica propia de las luchas revolucionarias. Sin embargo, no se puede negar a estas tesis un carácter marxista: en cuanto reapropiación colectiva de los medios de producción, el socialismo no puede surgir de la dialéctica materialista más que cuando esos medios de producción existan y la producción posea ya de hecho un carácter social. Mientras que

las fuerzas productivas no estén desarrolladas, no puede haber más socialismo que el voluntarista. Tal ocurrió en la U.R.S.S. bajo Stalin. Tal ocurrió en China, sobre todo a partir de 1957, cuando los teóricos chinos presentaron a las comunas como un "atajo" hacia el comunismo.

Fue en este período patético de las comunas cuando la divergencia chino-soviética parece que empezó a agudizarse. La amplitud del esfuerzo de desarrollo chino tenía su propia lógica infernal: su éxito en el sector agrícola exigía una producción acrecentada de productos industriales (material de transporte, útiles, bombas de riego, etc.), y la aceleración del esfuerzo industrial sólo podía conseguirse mediante una racionalización y una intensificación de la producción agrícola. El sistema no podía superar sus desequilibrios más que por una huida hacia adelante. Así se produjeron los "grandes saltos", la movilización general de todas las energías, las jornadas de trabajo de catorce y dieciséis horas, la acumulación de más de treinta y cinco por ciento del producto nacional, la super-centralización, las depuraciones y las campañas "antiderechistas", la selección y la depuración de los cuadros según criterios políticos (pasando la competencia a segundo plano), la organización de comunas según el modelo militar, la reaparición de la "teoría" staliniana según la cual la lucha de clases se intensifica a medida que progresa la construcción del socialismo (la lucha de clases penetra "incluso en el interior del partido comunista", lo que da una idea de las tensiones entre los dirigentes y los militantes, entre los militantes y las masas).

Mientras China se comprometía en este gigantesco esfuerzo, atenuado y frenado más tarde, tanto por la serie de calamidades naturales como por los errores y el despilfarro provocado por la penuria y el modo de selección de los cuadros, la U.R.S.S. se orientaba hacia la transición al comunismo y hacia la edificación de una sociedad "rica", que debía servir de modelo a las naciones industrializadas de Occidente, en el marco de la coexistencia competitiva.

La ayuda a los países no alineados era mucho mayor que la ayuda a China. Lejos de utilizar la superioridad estratégica que podía conferirle su superioridad, a partir de 1957, en el dominio de los cohetes balísticos de largo alcance, lejos de fomentar y proteger, allí donde había una posibilidad (Vietnam, Laos, Corea, Irak, Java y, posteriormente, América Latina), a las insurrecciones populares, la U.R.S.S. buscaba la tregua y parecía querer prolongar durante varios decenios, haciéndola tan poco espectacular como fuera posible, la liquidación del imperialismo. De hecho, la opción krucheviana se aproximaba a un cierto "gradualismo" del que los yugoslavos habían sido protagonistas en política internacional y se separaba de la concepción china de la insurrección permanente y del riesgo de guerra considerado como parte integrante e inevitable de la lucha antiimperialista. Por esta razón y porque pretendía basarse en un socialismo atractivo, democratizado, respetable, capaz de seducir a los pueblos occidentales, la opción krucheviana tendía a negar a China el derecho de participar, como igual de la U.R.S.S. en la determinación de la política mundial del campo socialista, relegándola a una posición subordinada. A falta de un partido-guía, quedaba un modelo de socialismo y este modelo era el de la sociedad socialista más rica.

Importaba por tanto a China demostrar que el poder de atracción del modelo no estaba necesariamente en función del nivel de desarrollo económico; que el modelo chino, aunque fuese más pobre, podía ser más ejemplar y estar más avanzado que el soviético en la vía de edificación del comunismo; que el campo socialista no perdería nada, sino todo lo contrario, bloqueando e incluso disminuyendo el nivel de consumo de los pueblos socialistas europeos para contribuir mejor al desarrollo chino y a las luchas de los países oprimidos. De ahí la teoría del "atajo" hacia el comunismo; de ahí la denuncia como antisocialista de los tipos de planificación. De ahí también las tesis sobre la "descomposición" avanzada del capitalismo.

Si los teóricos chinos se limitasen a afirmar que las naciones proletarias de Asia y de América Latina, son la fuerza revolucionaria principal; que el modelo chino, aunque sea pobre, puede resultar más ejemplar para ellas que un modelo soviético rico; que la posibilidad de lograr una victoria pacífica sobre el imperialismo, mediante la superioridad demostrada del sistema socialista, parece decididamente lejana; que ganar a los pueblos de Europa occidental y de Norteamérica capitalista "para" el socialismo es, sin duda alguna, una empresa más ardua y dudosa que la de sublevar contra el imperialismo una parte del Tercer Mundo; que, en consecuencia, debe concederse prioridad a éste, al precio de una austeridad aun mayor para la Europa socialista; que el peligro de guerra que resultase de esto no sería prohibitivo, dada la incapacidad de las naciones industriales para llevar a buen término las guerras coloniales de reconquista; si la argumentación china se limitase a esto, seríamos incapaces de refutarla. Podríamos solamente oponer a ella el interés del movimiento obrero en Europa occidental, sacrificado en el asunto, si bien con la conciencia de que ese interés se ha vuelto demasiado particular, a la escala de la historia mundial, para merecer que prevalezca, y de que nosotros ya no estamos en

(Continúa pág. 16)

que con Entrada Prohibida nos pasa eso que tan pocas veces pasa con un libro: que nos gusta seguir releándolo. (M. G.)

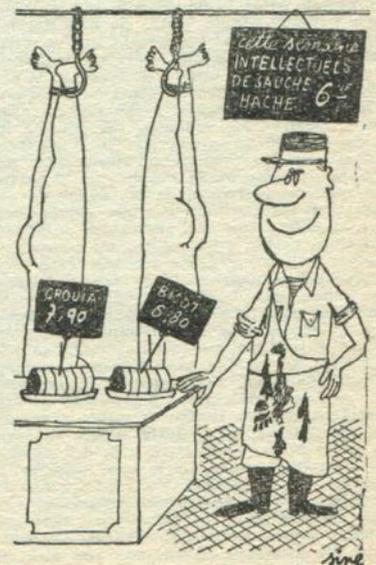
TIEMPO DE AMAR

Diana Raznovich, 19 años. Primer libro. Su poesía es de asombro; abrir los ojos y darse cuenta que en un verso caben el hombre, su vida al margen de la vida, su emperrada manera de dialogar con los planetas, "su pie descalzo que inventa el arco iris". Mucho Neruda, aún, se le impone a veces en sus poemas de Tiempo de Amar. Pero también encuentra nuestra propia voz, y dice, en Nosotros: Nos importa la tierra / la tierra con sus maderas y sus gentes / con su dolor la tierra / la tierra con su fiebre. Nos hace compartir en Puerto, la dolorosa ironía del río para otros: Ellos no vieron nunca / ni siquiera este pájaro / que desangra el crepúsculo de un barco / ellos no vieron nunca ni la ciudad bailando. Quizá su poema más logrado sea Marilyn, poema que cierra el libro: Marilyn, novia de todo buque / con la pierna de fleco y almanaque. Diana Raznovich, 19 años. Primer libro. Pertenece a una época que le duele y la asume para destruirla. (M. G.)

SNIF, SNIF...

En los primeros días de abril se ha conocido el resultado final del Primer Concurso de Cuentos de Bibliograma. El Jurado, constituido por Marta Lynch, Aristóbulo Etecheagaray, Marco Denevi, Germán Berdiales y José Barcia, otorgó el Primer Premio (sin el voto de Marta Lynch) a "El código y el toro", de Angel María Vargas. El Segundo Premio (por unanimidad) a: "Patrón", de Abelardo Castillo; "El acceso", de Jorge Di Paola Levin; "Mi primera noche de maestro", de Angel María Vargas; por los votos de Marta Lynch, Marco Denevi y Aristóbulo Etecheagaray a: "Una luz que se iba", de Ricardo Piglia, y votado por Germán Berdiales, José Barcia y Aristóbulo Etecheagaray a: "La tormenta", cuyo autor, ya en prensa este número, aun no se había logrado individualizar.

EN TODOS LADOS SE CUECEN INTELLECTUALES



LOS QUE VIERON LA ZARZA

Para compensar la abultada celebridad de Beatriz Guido y Julio Cortázar, escribíamos en junio de 1960, en "El Grillo de Papel", publicamos, inaugurándolos, dos cuentos de jóvenes destacados de la más nueva generación: ellos son LILIANA HEKER, nacida el 9 de febrero de 1943, y HUGO KUSNETSOFF, nacido el 15 de diciembre de 1942. Hoy son jóvenes e inteligentes, mañana, quizá, abultadas celebridades. A Kusnetsoff, el cine nos lo robó del colofón y se lo llevó a Brasil (donde esperamos que esté preso, como corresponde a todo grillo en el país de la cacería): a Liliana Heker, la literatura viene dibujándola desde aquel lejano Grillo de Papel en que, luego de publicar uno de los mejores cuentos breves que aparecieron en esta revista ("Los Juegos"), se asumió Secretaría de Redacción de facto. Fundó más tarde EL ESCARABAJO DE ORO: creció en autoridad (no así en estatura) y ahí anda, timoneando con el director la nave del gobierno. Y por eso en el Escarabajo no hay nada que zozobre, aunque a veces falte. Hoy tiene 21 años, publicó en revistas de México y Cuba, y ha terminado su primer libro, LOS QUE VIERON LA ZARZA. Once cuentos, seleccionados entre los que escribió estos años —de los cuales el lector conoce dos, "Carmina" y "Yokasta"— integran este primer volumen que, para compensar la abultada celebridad de Luis Franco, Manauta, Nietzsche, etc., anuncian G. Dávalos y D. C. Hernández, editores, en su colección Fondo Editorial. Liliana Heker nació en Acuario (igual que Virginia Woolf: cursa el quinto año de Física en la Facultad de Ciencias Exactas y abomina de esas "dornadas cúpulas" (igual que Sábato): dice que el escritor más grande de nuestro siglo es Thomas Mann (igual que Faulkner), mide un metro cincuenta y pico (igual que Pascualito Pérez), y, aún, por qué no decirlo, no es una abultada celebridad (igual que nosotros). En eso anda, y por eso publica LOS QUE VIERON LA ZARZA, y saca EL ESCARABAJO DE ORO. Igual que nosotros.

PRIMER CORTOMETRAJE DE MARIO SABATO / "EL NACIMIENTO DE UN LIBRO"

La sala a oscuras, y una voz de mujer leyendo el comienzo de Sobre Héroes y Tumbas. Después, en primer plano, el rostro de Ernesto Sábato; y, a partir de aquí, toda conjetura acerca del peso que pudiera tener la sombra del novelista mayor sobre el muchacho cineasta, se esfuma. El film, cuyo guión escribió Mario Sábato, no es Sobre Héroes y Tumbas en imágenes, es una historia nueva; la historia de su gestación. Y, desde el primer momento, resulta fascinante. Un poco, oyendo desde la pantalla la voz del personaje Ernesto Sábato, autor de una novela, la sensación de violar un secreto, que se siente al leer Novela de una Novela, de Mann. Un poco, la infantil alegría de levantar la caja de un reloj ("parecía evidente que sólo cabía el suicidio de Martín, y ése fue mi propósito inicial. Pero entonces me sucedió lo que muy a menudo sucede cuando se escriben novelas: que los personajes, finalmente, no hacen lo que uno había decidido"), y participar, por un momento, de las dudas de un creador; de su conflicto con sus personajes; de su conflicto con sus personajes actuando por cuenta propia ("yo mismo me preguntaba cómo Alejandra podía ser tan dura con ese muchacho indefenso"), de sus obsesiones ("fantasmas que habitan lo más profundo de nuestro espíritu y que empiezan a pugnar de allá, empiezan a querer salir. Nada de esto es claro para un escritor, nada es nítido. Pero, en cambio, esas figuras son cada día más obsesivas, hasta que el drama parece estallar") mientras Alejandra, frente a nosotros, dispara contra su padre y se entrega, purificada, a la doble cúpula del crimen y del fuego, como antes a la del incesto. Esta hipóstasis, pues, es lo que justifica el film. Y a Mario Sábato. Su edad (menos de veinte años), las condiciones deplorables que debió superar para la filmación, importan también, como testimonio. No le hubieran servido de disculpa; sirven, una vez visto el film, para documentar el elogio. Y para re-

EL CONFLICTO (de pág. 15)

"la corriente principal de la historia". Pero la argumentación china no se limita a esto, sino que hace suyas las viejas tesis stalinianas sobre el desmoronamiento inevitable del capitalismo, sobre el empobrecimiento absoluto, sobre la unidad monolítica del imperialismo, tesis que nosotros sabemos son falsas. Los chinos dan por supuesto que el imperialismo retrocederá ante la guerra y que, si no retrocede, será de todos modos vencido.

Un economista ha demostrado en esta misma revista (R. Fossaert, "La résistance du capitalisme", LES TEMPS MODERNES, febrero de 1961) que el mundo capitalista puede sobrevivir sin crisis graves a la pérdida de sus posiciones coloniales y que ninguna de sus contradicciones internas es mortal. La guerra de Corea ha demostrado que los ataques frontales lanzados desde el exterior restablecen la unidad del campo imperialista, y lo refuerzan en lugar de debilitarlo. Los ataques desde el exterior provocan un retroceso y una degradación de la democracia en los países capitalistas, la división del movimiento obrero, una serie de maniobras de represión y de intimidación contra las organizaciones democráticas y contrariamente a lo que creen los teóricos chinos, dificultades crecientes en la lucha desde el interior contra el capitalismo.



Pero es únicamente desde el "interior", por inserción del movimiento obrero en sus contradicciones, por la superación que estas contradicciones hacia una sociedad superior, como el capitalismo puede ser vencido, y no en cambio por eliminación física, desde el exterior, de sus Estados. La relación de fuerzas económicas y militares no permite, y no permitirá posiblemente nunca, lograr que los Estados imperialistas se replieguen por la amenaza y el chantaje de guerra. Y si es cierto que el imperialismo carece de medios para impedir las revoluciones del Tercer Mundo, también lo es que estas revoluciones no bastan para derrumbarlo —ni siquiera movilizan contra él las clases obreras de las potencias coloniales.

Así, pues, desde el punto de vista de la estrategia mundial, la victoria del socialismo sólo parece posible si se dan estas tres condiciones que van en el sentido de la doctrina kruscheviana:

1) La batalla política principal es la batalla contra el capitalismo y esta batalla no puede ganarse mediante victorias periféricas: el Tercer Mundo no es el frente central.

2) El capitalismo no puede ser eliminado desde el exterior y por la fuerza, sino sólo mediante la explotación interior y exterior de sus contradicciones, y esta explotación exige una estrategia flexible y descentralizada, posible únicamente en el marco de la coexistencia pacífica.

3) La batalla del Tercer Mundo contra el capitalismo no puede ganarse más que si el campo socialista logra un alto nivel de desarrollo.

Tales son los hechos, al menos para nosotros, desde este lado del mundo. De todos modos, dicho esto, las referencias a la perspectiva a largo plazo pueden ser también una manera cómoda de "trascender" los conflictos del presente y de eludir el clásico debate sobre "el fin y los medios". Creemos todavía en la realidad de las luchas de clases, el socialismo comenzará con la conquista del Estado por la clase obrera. Sólo que inmediatamente añadimos que esta conquista será "pacífica", y democrática la vía europea hacia el socialismo. ¿Es que la burguesía va a abandonar el poder pacíficamente? Esto es lo que predecimos —sin dejar por ello de dar gran relieve a las violencias policíacas

contra nuestras manifestaciones pacíficas. La verdad es que no hemos terminado de reflexionar sobre la cuestión: apenas si hemos comenzado. Y no sabemos aún de manera cierta si queremos decir que la vía democrática y pacífica existe, o que en el presente no hay ninguna otra, lo que no es lo mismo.

Sea como sea, la vía europea hacia el socialismo pasa en todo caso por la elaboración teórica y práctica de un modelo socialista "rico", que se perfila en el horizonte de objetivos inmediatos y movilizados como un quehacer urgente. Porque sólo ese modelo rico (en el sentido marxista), opuesto al modelo del capitalismo monopolístico y que liaga explícitas las mutilaciones y alienaciones de los hombres que éste produce, puede mantener las luchas obreras en una perspectiva socialista.

Podemos fundarla, incluso refiriéndonos a los textos: Marx distinguía entre el comunismo primitivo, el comunismo utópico del reparto igual de las riquezas (es decir, de la pobreza universal) y el comunismo rico. Decía del segundo que era regresivo, y sólo se interesaba por el tercero. Porque no es, según él, la pobreza universal, sino la riqueza universal lo que se trata de producir; y, por lo demás, el comunismo sólo surge como posibilidad material sobre la base del desarrollo pleno de las fuerzas productivas (y de las contradicciones intra-capitalistas que ese desarrollo agudiza).

Pero una vez que hubiésemos fundado la elección del modelo rico por el razonamiento y por los textos, podría percibirse de todos modos que nuestra argumentación huele mal: se parece demasiado a los argumentos que, en todo tiempo, los explotadores han lanzado para justificar su opresión. Se parece demasiado a la política de la izquierda francesa, que subordina la lucha de los pueblos colonizados a su propia lucha, pidiéndoles que esperen el día en que, desde el poder, ella les arregle sus asuntos. Dar prioridad a la competición pacífica y al comunismo rico es —incluso si no hay otra estrategia posible— convertirnos objetivamente en tecnócratas paternalistas: es, objetivamente, construir nuestra "sociedad-modelo" a costa de los chinos, entre otros, a quienes quitaremos todo lo que tenemos y todo lo que tendremos; es, objetivamente, pedir a los dos tercios de la Tierra que tengan todavía paciencia, que no prendan fuego al planeta, que acepten el compromiso, el Estado de democracia nacional, la matanza cotidiana de militantes revolucionarios, en espera de una coyuntura mejor.

Vamos al mismo tiempo con retraso y "adelantados" respecto a la Historia. Con retraso, porque el problema del comunismo rico, cuya construcción es necesaria para la victoria sobre el capitalismo, es una herencia, ya virtualmente anacrónica, de la época en que los proletariados industriales eran la fuerza revolucionaria principal y en que la historia del mundo industrializado aparecía como la historia mundial. Este período llega a su fin.

"Adelantados" porque este problema sólo tendrá actualidad universal cuando la victoria sobre la escasez sea una perspectiva —si es que llega a serlo algún día.

Y el ir con retraso y "adelantados" a un tiempo nos hace doblemente aborrecibles: nada justificará nunca que planteemos la cuestión del comunismo rico y de la carrera de velocidad hacia la abundancia frente a dos mil millones de hombres (que a finales de siglo serán cuatro mil) a quienes falta lo estrictamente necesario.

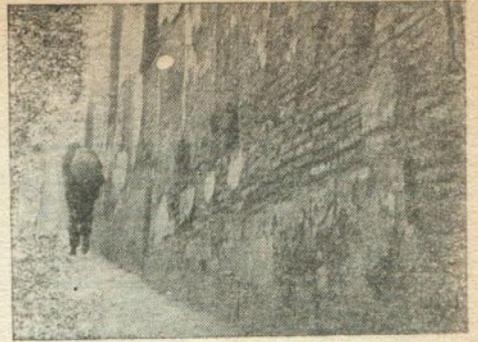
Este es el motivo de que la argumentación china, por especiosa y aberrante que sea a veces, nos haga sentir nuestra culpabilidad y una contradicción histórica real. La estrategia krucheviana reposa en cálculos justos en cuanto al fondo, y aunque plantee tantos problemas como resuelve, le damos en lo esencial razón y consideramos que los chinos se equivocan. Pero nosotros nos equivocamos teniendo razón y los chinos a veces tienen razón en estar equivocados. Nosotros preferimos la vida a la revolución y al socialismo, sin duda porque la encontramos, después de todo, vivible; cuando no tiene posiblemente tanta importancia para un pueblo al que el hambre, las enfermedades y las catástrofes naturales (y las circunstancias que le impiden vencerlas) cuestan cada año millones de muertos. Juzgamos que en una guerra nosotros lo perderíamos todo, cuando otros pueblos más numerosos no ven qué podrían perder, y cuando otras naciones para las que su libertad apenas reconquistada es todo lo que poseen, juzgan que el imperialismo volverá a arrebatarles esa libertad, si no la defienden, incluso hasta el riesgo de una guerra termo-nuclear.

Nosotros situamos la batalla principal contra el capitalismo en el terreno de la competición económica y social, y la victoria en una perspectiva a largo plazo; pero poder razonar a largo plazo es nuestro privilegio y nuestro lujo de hombres bien alimentados, mientras que para otros pueblos la batalla decisiva tiene lugar ahora mismo y la perspectiva a largo plazo, para sus combatientes, es aquella en que todos hayan muerto.

Nuestra política es razonada y nuestros cálculos razonables, pero las revoluciones no se han hecho nunca sobre bases como éstas.

Las revoluciones yugoslava, china e indochina han instaurado, contra el parecer o sin la ayuda de Stalin, regímenes socialistas; y hoy son los movimien-

(Continúa en pág. 18)



cordar, una vez más, lo que significa hoy, en la Argentina, la aventura del cine independiente. Elegimos, para evocar la película, tres momentos. La secuencia en el Parque Lezama; un gesto —mezcla de alucinación y de cansancio— de Egle Martin (Alejandra), en la escena del incendio, la aparición efímera de Ernesto Bianco (Fernando), un fugaz y atroz Vidal Olmos, idéntico al que nos figuramos leyendo el Informe sobre Ciegos.

O cuatro momentos. El final de la película, que reemplaza a aquel imborrable final de la novela con Martin orinando a la luz purísima de las estrellas, éste otro, el de la carretera solitaria y la voz de Sábado, nostálgica, despidiendo a sus dos muchachos.

LA FIESTA

cuentos de Eduardo Barquín

Me he preguntado si Barquín puede decirnos algo sobre el hombre, cuál es el núcleo secreto de estos cuentos, qué visión del mundo nos propone. Supe que el escritor de Los escritores, convertido en infatigable lector de originales, enloquece; y vi su locura como una forma atroz de perseverancia y triunfo. El estudiante de Página 189, hora 17, único, entre los derrotados, contra la desmesura y casi imposibilidad de su tarea, la prosigue. Recordé, entonces, a Thomas Mann: "Porque la seriedad en medio de la desgracia, y la gracia en medio de la tortura, no son sólo resignación; son también actividad y encierran un triunfo positivo", escribió en La muerte en Venecia. Hallé, entonces, en estos cuentos que nombro, y en otros, ese núcleo secreto que es necesario descubrir para comprender verdaderamente una obra. Y, si en verdad he comprendido, Barquín nos ha señalado y propuesto un hombre (una cierta idea del hombre) tenaz, que resiste aún las dificultades más desmedidas y enfrenta (a pura voluntad) las limitaciones de su condición humana, el peso de las circunstancias más terribles, enfrenta absurdos, frustraciones, terror, la locura, y la muerte aún, y sin embargo jamás será vencido; también vi que nos propone un hombre acuciado por la ardua necesidad de acercarse a los otros, ávido de un encuentro con los demás y de un nuevo descubrimiento del mundo: "Volver a encontrar cosas nuevas. Volver a sentir pensamientos de otros hombres" y "Porque existir es estar con los otros", escribe.

Sin embargo, esto no agota una interpretación (o crítica) de sus cuentos. Lo que me hace pensar que Barquín es un gran cuentista es la capacidad mágica (aparte de la magia misma de sus cuentos, si pensamos que la magia consiste en romper la causalidad "normal", y convencernos con otra causalidad,

(Cont. en pág. 18)

LA FIESTA (de pág. 17)

una causalidad de su cuño) de sorprendernos con hechos que nos provocan al mismo tiempo extrañeza y convicción. Sus cuentos parecen "raros" porque son exasperadamente realistas. En ellos hay: un fino y despiadado sentido de observación (y crítica), una tensión inusual, poesía (si pensamos que la poesía participa del descubrimiento y de la belleza) y una mirada como de quien ha visto sucesos y hombres como si fuera la primera vez, sin las deformaciones de una contemplación dirigida o mutilada por la costumbre. Esto último, esta mirada primitiva, por así decirlo, vuelve difícil (no hermética) a su obra, porque ir contra los hábitos es difícil, y Barquín quiere que no sólo él, sino también el lector, vaya contra ellos. "Porque, en literatura, estamos cansados de los esquemas prefijados por los desconocedores del arte... Porque el peligro está en mantener formas caducas para sobrevivir", dice. Por eso el libro de Barquín es exigente; reclama —necesita— un lector atento, dispuesto a tratar de comprender, a abandonar preconcepciones, un lector sin prevenciones y que no tema lo desconocido, un lector dispuesto a descubrir, a conquistar. Y Barquín no solamente se arriesga (al mismo tiempo tengo la convicción de que no podría hacerlo de otro modo) a contar sucesos no habituales, sino, también, a hacerlo de un modo no habitual: una forma ascética de contar, sin una palabra de más (por eso uno no puede, al leerlo, saltarse siquiera una palabra), provocando a menudo la sorpresa de develarnos, de pronto, un significado que parecía oculto o inexistente: "Esa noche, en el tren, ella lo detuvo. La primera era la llave de las demás.", por ejemplo. Sin el sentido otorgado por el relato, y reforzado por la oración que precede a "La primera era la llave de las demás", sería difícil comprender que se trata de una noche de bodas (de esa viuda terrible). Sí, no se pueden leer los cuentos de Barquín con ligereza (aunque sabemos que nada puede leerse así, pero con La Fiesta hay que insistir): leídos atentamente son claros y de una sugestión sin brechas; son, me atrevería a decirlo, notablemente claros. Muchos querrán objetarle que el libro sea irregular porque la forma de cada cuento es distinta de la de los otros: Ancla, por ejemplo, diferente de La prima Liberia o El inglés sin nada en común con Arbol. Creo, sin embargo, que contenidos diferentes reclaman formas distintas por la (sencilla) razón de que es artificial una separación de la "forma" y del "fondo" que no sea puramente didáctica; otros (o los mismos) querrán objetarle que se salga de lo habitual, que desconcierte y no sea fácil comprenderlo. Ya, en esta misma revista, Cortázar escribió: "...un escritor revolucionario tiene todo el derecho de dirigirse a un lector mucho más complejo, mucho más exigente en materia espiritual de lo que imaginan los escritores y los críticos improvisados por las circunstancias y convencidos de que su mundo personal es el único existente". Esto es válido para Barquín: nos descubre que su mundo personal existe.

Jorge Di Paola Levin.



EDUARDO BARQUIN

18 EL ESCARABAJO DE ORO

EL CONFLICTO (de pág. 17)

tos castristas, no los partidos comunistas, quienes sublevan a los pueblos latino-americanos con reivindicaciones revolucionarias y socialistas. "La coexistencia pacífica —se dice entre nosotros— es una organización diferente de las relaciones entre Estados, fundada en la comprensión recíproca, en la confianza, en una competición que excluya la guerra, en una plena garantía de libertad y de independencia para todos los pueblos y, por consiguiente, en una solución razonable de los problemas pendientes" (P. Togliatti, informe a X Congreso del P.C.I.). Pero cuando se es peruano, venezolano o guatemalteco, la confianza, la comprensión y las garantías son los ardidés jurídicos con los que el opresor encubre su violencia.

Se nos acusa de que esa es nuestra manera de entender el asunto; y se nos descubre un rostro de "opulentos y señoriales filántropos que dicen a los pueblos de Asia, de Africa y de América Latina: ¡No juguéis a los valientes! ¡No provoquéis chispas! ¡No os mostréis ávidos de morir heroicamente!" (Bandera Roja, Pekín, 4 de marzo de 1963).

Todo esto no es enteramente falso. El Estado soviético hace política mundial, no hace la revolución mundial, y precisamente porque el Estado chino, en cuarentena, no tiene responsabilidades (ni política) mundiales, puede identificarse con la causa de la revolución mundial. Con ello, nosotros, europeos, estamos moral e ideológicamente equivocados; políticamente tenemos razón. Y los chinos están casi siempre en el caso inverso.

Sabemos que las revoluciones aplazadas lo son frecuentemente para siempre; sabemos que el socialismo que, algún día, sucederá sin duda al nasserismo, no será nunca el mismo que hubiesen construido, con la "intelligentsia" marxista, los "fellahs" y proletarios egipcios. Sabemos que tanto como el resultado cuenta la manera y el camino para llegar a él, y que cuando un pueblo, en lugar de romper brutalmente sus cadenas para recorrer por sí mismos las etapas que van del arado de madera al tractor, se eleva al nivel del maquinismo a golpes de miles de millones extranjeros y bajo la dirección de tecnócratas y militares, ese pueblo no será nunca dueño de sí mismo en el mismo grado. Y, sin embargo, es esta vía mecánica, burocrática hacia el socialismo la que, objetivamente, recibe prioridad en el marco de la coexistencia competitiva. Somos incapaces de defenderla, y como todos los acusados culpables sólo de su propia impotencia —de surrealismo—, no podemos hacer más que preguntar a los chinos: ¿qué otra cosa cabía hacer? Si el F.N.L. o el Movimiento 26 de Julio, durante la fase decisiva de su lucha, hubiesen proclamado a la U.R.S.S. como Estado-guía, hubiesen tenido inmediatamente a sus espaldas a las fuerzas aeronavales norteamericanas. Allí donde el equilibrio de fuerzas locales no es favorable al campo socialista, nadie puede pedir a la U.R.S.S. que patrocine revoluciones, las perdería. A menos que llegase por ellas hasta el ultimátum nuclear (lo que no es precisamente una política socialista) y aceptase el riesgo de perderse en favor de ellas, y a nosotros con ella. Desde el instante en que no puede haber un Estado-guía ni un Partido-guía, en que la autonomía de los movimientos revolucionarios se ha convertido en una necesidad práctica, lo único que se le puede pedir a la Unión Soviética es que deje a los movimientos nacionales su autonomía y sus posibilidades. Y esto es pedirle mucho, porque llegarán todavía otros momentos en que una revolución victoriosa, sitiada y atacada por las fuerzas imperialistas, intentará forzar la mano a la U.R.S.S. y, proclamando su adhesión a ella, arrastrarla a que luche a su lado. No se puede esperar de los rusos que la inciten a tal cosa; de ellos cabe esperar únicamente que no se opongan a ella desde sus comienzos y no prefieran a los movimientos revolucionarios los movimientos patrióticos y pacíficos que dejen al socialismo para las calendas griegas.

En realidad, son dos las batallas que hay que librar de frente: la batalla de la coexistencia pacífica y del modelo socialista rico, y la batalla por la emancipación y el desarrollo socialista de los pueblos proletarios. Ninguna de las dos batallas puede subordinarse a la otra; porque, si bien es cierto que la segunda no puede ganarse sin la primera, también lo es que la primera se vaciaría de su significación histórica y de su universalidad si pretendiese aplazar la segunda y subordinarla a su estrategia particular.

Es un hecho que las dos batallas son a la vez contradictorias y solidarias. Pero no pueden permanecer solidarias más que si la contradicción no se enmascara nunca. Sus protagonistas tendrían mucho que perder en una ruptura; pero la unidad monolítica queda de antemano excluida.

Para nosotros, que no somos ni cubanos, ni indonesios, ni chinos, sólo una política es posible, pero esa política no puede aspirar a ser la Verdad. No puede ser dogmáticamente glorificada so pretexto de que los chinos dogmatizan una verdad que contradice a la nuestra y que carece de política. Asumir la contradicción, impedir que se transforme en oposición, discutir los dogmas de ellos, pero también nuestras impotencias, nuestros ardidés, nuestros silencios y nuestros límites, es una labor necesaria pero éste es un asunto de intelectuales, no de políticos.

LUIS FRANCO

P R O M E T E O

ANTE LA UNION SOVIETICA

Volamos sobre Tiflis, no lejos de Sumeria, la tierra donde por primera vez el hombre se divorció del bosque y comenzó a amasar el mundo con sus manos. No lejos del monte Ararat, donde desembarcó Noel, el que inventó el vino y el primero que naufragó en él aún cuando estaba destinado a ser el decavario de montañas donde padeció Prometeo.

Volando frente al Cáucaso, ahora. Esfuerzo mi ojo a través de la ventanilla del avión para contemplar con toda mi alma al que más desaba conocer de todos los rostros de la tierra. Allí está, arrugado de quiebras y siglos, encanecido de siglos y nieves, lugar más sagrado de la tierra y de la historia: el calvario de montañas donde padeció Prometeo.

No un Dios descendido del cielo o de los sueños, sino un hijo de la tierra como nosotros, de la patria donde los hombres estuvieron más cerca del Hombre Prometeo, el más grande de los griegos, la mayor figura humana y sobrehumana, cantada por el mayor poeta del mundo. No vino él a limpiar al hombre del pecado original de haber cedido a su hambre sagrada de conocimiento, por el que fuera condenado al trabajo como a una lepra ineludible. Prometeo vino a sacar de su paraíso de marañas y espinas al hombre hirsuto, a iniciarlo en el uso de su cerebro y sus manos para que aprendiese a transformar el mundo y de rebote se fuese transformando a sí mismo, y no de forma sólo como el sapo o el insecto, sino también de esencia y destino.

En una bruma de ensueño o alucinación, y en un silencio de más majestad que el trueno, creí entrever la figura única: un rostro tempestuoso y sereno a la vez más iluminado que el de los hombres y más profundo de humanidad que el de los dioses —un titán no de la fuerza sola, sino de toda la inteligencia, la audacia y la generosidad del hombre— el hijo y padre del fuego, pero sobre todo el escultor de la luz, digo de la libertad del hombre que desafía al mismo cielo con su buitre y su rayo, toda la batalla del pensamiento humano contra los demonios y dioses creados por el temor humano...

Me esfuerzo por oír y traducir la voz que viene subiendo de mi corazón como de un torrente subterráneo:

"Maestro del hombre, Prometeo, Tú le fuiste enseñando con pausa a humanizar la piedra, la madera, el hierro. Y

especial para "El Escarabajo de Oro"

antes que nada el fuego, para que suscitarse con él su propia aurora y pudiese defenderse de la tiniebla y la fiera, es decir, del terror, tirano de tiranos.

"Lo montaste después sobre el galope y el relincho, para alzar su horizonte a la altura de los vuelos y humillar las distancias. Le enseñaste a dilatar su hogar hasta el ganado y la mies. Y a domesticar el desierto con camellos y cisternas. Y a apaciguar con el remo y la vela el motín de las olas.

"Mientras tanto, claro está, fuiste amaestrándolo simétricamente por dentro. Le enseñaste primero la palabra y después el alfabeto, para que el pensamiento lo obligase también a erguir interiormente su vertical humana y pudiera comunicarse hasta con los hombres aún no nacidos. Y le enseñaste a averiguar la lejanía o la profundidad a través de los ángulos y los números. Y aún le enseñaste la música para que pudiera presentir mejor la dimensión de su alma.

"Esa fue tu gran culpa ante los dioses, Prometeo. Y no podían perdonártelo, porque los amos celestes de allá arriba, como los pardos de aquí abajo, no han querido nunca hombres erguidos sobre sus pies y caminando según la altura y la luz de su frente, sino súbditos doblados sobre las rodillas de la plegaria y bajo la joroba de la servidumbre. El dios mensajero (el ser dios o rey impide ser lacayo) que vino a ejecutar la sentencia, se apiadó de ti y te aconsejó arrepentimiento y prudencia. (Retumbaba hasta en las cavernas del océano el eco del martillo anexando tus miembros a la roca, mientras, no lejos, el buitre te espía ya el hígado a través de las costillas). Y tu le contestaste las palabras que escuchó Esquilo, las más grandes que escuchó el mundo: **Prefiero mi tortura, con ser la que es, a ese oficio tuyo.** Eso dijiste porque tú sabías de una albricia semejante al crecimiento del alba: la de sustraer a los hombres enajenados a cualquier ídolo de oro, barro o carne y empujarlos hacia el aprendizaje de su propia humanidad.

"Y he aquí que la enseñanza mayor que impartiste a los hombres fue la de ti mismo la de ser lo que tú eras: la libertad tallada en carne y espíritu. Sólo que los hombres no se mostraron en general buenos discípulos tuyos. Comenzaron dejándose guiar por el hombre de uniforme de vampiro —modelo de todas

las variantes de parasitosis— que les hipoteca el presente con la letra de cambio de salvación póstuma, la insensatez, cuando enorme, dejó de parecerles ridícula, como ocurre con el cuello de la jirafa o la obesidad de la ballena. La carga de la tradición se hizo joroba, sin querer ver que para no darse de narices contra el presente es preciso mirar hacia el futuro, tuvieron por él ese terror que el buho tiene por el alba. Prefirieron siempre la melancolía soñolienta de los ocasos a la poesía álcara de las auroras por nacer. Se negaron siempre a ver que el ideal divorciado de la realidad es tan preciosamente frágil como la porcelana, de la dinastía Ming, que una carcajada puede hacer trizas.

"Claro está que no todos los hombres olvidaron tu palabra y tu ejemplo —gracias a ello, y pese a todo, sigue el mundo moviéndose hacia adelante— pero los dioses y la rutina encontraron aliados y émulos en la tierra y la tierra toda fue un campo de concentración de la servidumbre. En eso estamos todavía.

¿Qué hoy el hombre puede vencer la necesidad económica —forma cavernaria de la fatalidad— y obligarla a abrir al fin sus puños de piedra? Pero el mundo sigue gobernado por el peor avatar de la estupidez, la deidad más obsena que los rufianes y más oliente que las carroñas, llamada avaricia. Sus hijos aún redondean el globo con sus manos, con ello está dicho todo. El hombre es sólo una de sus mercancías.

"La ciencia y los inventos humanos han llegado a un poderío que asombraría a muchos de los dioses. Pero la ironía ha sido siempre colaboradora de la fatalidad. Hoy que los cementerios para perros entran en vigencia comienzan a escasear las viviendas para el **homo sapiens.**"

Los productores de riqueza en magnitud astronómica producen en igual magnitud pobres que no pueden aproximarse a ellas. Hay hartura de oro y hambre de pan, todo en gran estilo y sin retórica.

En Asia, Africa y América centenares de millones de langostas humanas entretienen su hambre con alcohol, con betel, con opio, con coca, con juego, con prostitución, con crimen. Toda la tierra parece regada por el Ganges de la imbecilidad sagrada y el Bramaputra de la miseria y el horror profanos. Todo eso mientras los pobres coleccionistas de riquezas, pese a sus psiquiatras, enloquecen a causa de la falta de compradores.

Así fue siempre y hoy lo es más que siempre. En el mundo regido por el cetro de los mercaderes todo se hace por ellos y para ellos, desde los cócteles a las ideas, desde las muñecas a los cohetes con que se petardea a la luna. Hasta la órbita de la meditación de los filósofos entra en la órbita del vientre de los dioses de la gordura. Y todo eso ha producido y produce un monto creciente de superganancias y de laboriosidad asoladora.

(Continúa pág. 20)

EDITORIAL (de pág. 12)

están pensando. Y ni eso les sale.

Es cierto, se dirá, pero el análisis de nuestro país es complejo: requiere cabeza fría, eficacia, no gestos raros ni grandes alharacas literarias. Y, nos preguntamos, no será eso, precisamente, lo único que se exige de quienes —dirigentes políticos de izquierda— ya debieran tener en sus manos la conducción histórica del país. Cabeza fría, por supuesto. Y lineamientos claros. Explicaciones que, hasta aquí, no se han dado. Porque, ¿dónde está el que, debajo del aparato mecánico de las palabras prestadas —saqueadas a Marx, o Trotsky, o Mao Tsé Tung, o Jruschov—, desentrañe el “qué es esto”? No el de Martínez Estrada. Qué somos nosotros, los argentinos ¿Somos realmente Latinoamérica? ¿O existen, por el contrario, dos países? Uno con hombres calcinados, y rotos, y hambreados, que sí se parece al resto del Continente y para el que es más “nacional” la realidad venezolana, chilena, peruana o panameña, que la de un obrero argentino porteño. Y otro país, esta Babilonia del Río de la Plata, donde no sólo un obrero de Buenos Aires es compatriota, por condición, de un obrero montevidiano, sino que sus necesidades parecen estar más cerca de las necesidades de un neoyorkino, o de un parisién, que de las de un patagón o un chaqueño. Porque, acaso, no basta “sentirse” latinoamericano. No basta, al menos, veraneando en las Sierras de Córdoba y porque se ha leído en un diario que los mineros peruanos se acantonaron desafiando al ejército; mientras, cruzando Córdoba, los cañeros de Santa Ana viven en idéntica miseria que en tiempos de los jesuitas y los dirigentes obreros de los ingenios tucumanos vuelven de New Orleans, docu-

mentados sobre el Fondo Económico para huelgas, en Norteamérica, y destacando “la hospitalidad del pueblo de los EE.UU. y la simpatía con que se mira a Latinoamérica” (sic). Y de allí, a Madrid; a ver cómo sigue la próstata del general Perón. Quien, según los diarios insiste en que, a decir verdad, lo único que tiene es “inflamación de testículos” (sic). Cosa que le creemos. Pero que no sólo a Perón le pasa. Y no a esa escala.

Hay ya, y de eso hablábamos cuando dijimos “buena fe”, una innegable juventud a la que no conforman las teorías mecánicas, las dilaciones, los esquemas ilusorios soñados a mil kilómetros del pavimento que pisamos. Una juventud que exige, desde el cansancio que se lee en una historia larga en traiciones, vueltas atrás, apostasias y esperanzas rotas —y que heredó la conciencia del hastío, no su inercia—, que exige, que tiene apuro por cambiar el mundo, acá, en el mundo. Cambiarlo también para los que vengan, sí, pero sin sentarse bajo el ombú a esperar a los que vengan. Mucho Hamlet dialogando con la calavera; mucha Hiroshima, nos han hecho desconfiar, como individuos y como especie, de los avales firmados en el Porvenir. ¿Qué es mi porvenir, el nuestro? ¿Lo que harán los nietos de otro? No. Mi porvenir soy yo. Lo que hago yo para después; pero lo que hago ahora. ¿Nihilismo? ¿Arrebato? ¿Negatividad querer que esto cambie? ¿Desesperación tener esperanza? Nos gusta la vida y reímos mucho. Pero no queremos que, en la esquina, haya quien ría poco.

Se dirá que es difícil comprender en estas páginas, cómo, de aquel principio, se llegó a esto. Seguramente. Sí. Pero hay varias respuestas. Elegimos una; ¿a dónde, si no, íbamos a llegar?

PROMETEO (de pág. 19)

Las riquezas de la gea desplazadas por los productos sintéticos. La naturaleza incentivada por un oxígeno industrial. Voluntades motorizadas. Cerebros electrónicos y velocidades supersónicas entre un vaivén arrullador de incitantes y sedantes. Los sabios trabajan como galeotes forjando las nuevas cadenas del mundo. El amor rebajado a mero sexo y el sexo rebajado a juguete. Y una epilepsia de diversiones para ocultar los bostezos del alma.

Mientras el barco de la civilización sigue navegando sobre una hidrografía de sudor y sangre y llanto. Y el hombre, sacado de la historia y apegado a una zoología mecánica, tiene en la mentira convencional su canción de cuna de amor y de combate. El hombre reducido a mera cantidad y castrado de su esencia y su esperanza.

“¿Pero es que la humanidad puede suicidarse, pese a los megatones, capaces de desfondar el planeta, y la carga de terror ya desfondando el corazón del hombre?”

“No nos atrevemos a imaginarlo, oh Prometeo.

“Olvidaba decir que hace ya un siglo apareció tu mejor alter ego hasta hoy: el que equilibró en la balanza de la historia el trabajo del cerebro y el de las manos, sacando el pensamiento de las academias para ponerlo en los puños del mundo. Desde entonces los días de los ventripotentes inquilinos del olimpo capitalista —cuya ambrosía es la ballena envasada y cuyo néctar es el petróleo— quedaron contados.

“La fe de ojos abiertos y sin temblor de rodillas, la fe en el hombre, renació entonces. Si la naturaleza hace de un carbón un diamante, ¿por qué la historia no podría hacer de un siervo un hombre? (Todavía la carrera más ardua del mundo no es la de héroe, o sabio o empresario de redenciones, sino de hombre libre).

“Comenzó a verse que la libertad era más grande que los libertadores, y que no era un regalo de los héroes sino la guirnalda del mundo que los hombres deben tejer, cada cual y en común, con sus propias manos. Que por encima de las guerras el corazón humano está ávido de humanidad como la abeja de flores, aunque la lucha es indispensable para que no se malogre el huevo que

la historia ha puesto hace siglos en el nido del mundo. Las ideas también se siembran con los puños, como las semillas.

“Entonces los súbitos seculares del hambre comenzaron a rezongar con rezongo parecido al del océano. ¿Qué los dignatarios del lucro aceptan la discusión en todos los terrenos porque pueden esgrimir argumentos irrefutables: el verbo publicitario bajando de los altoparlantes, el verbo conciliatorio bajando de la Santa Sede, sin contar las ametralladoras lacrimógenas?”

No importa. Ni siquiera será necesario echar a los mercaderes del templo sino abolirlos junto con los templos y capitolios contruidos con el oro de los mercaderes, oh Prometeo. Todavía creemos que la historia no ha trabajado en vano: que la casta, ya ciega de vejez se retirará a inhumar sus ídolos ciegos —el Estado, el Crucifijo, el Dividendo, el Gendarme— para que aparezca al fin, en la entereza de su verdad y poesía, el Hombre.

(del libro “Prometeo ante la URSS”, ediciones DAVALOS HERNANDEZ, 1964)

ENRIQUE SVERDLIK

EN LA ESPERA, cuento de

Habían transcurrido varias horas desde que la noche cayó sobre el paraíso kibutsiano con su letargo extendido y frío, como pretendiendo cobrarse el fervoroso aliento solar conque el padre solar nutrió los campos. En ese momento, el comedor, la casa de los niños y las construcciones se tornan alturas deformadas, al tiempo que los montes adquieren esa extraña presencia de lo desconocido. Hacia el lado opuesto el reflector cumplía lo suyo detectando lo que puede ser. La quietud era total, y eso alarmaba. Porque, en realidad, esa guardia no se diferenciaba en absoluto de las anteriores. La recorrida había dado resultados negativos; y él ahora estaba allí, en su puesto fijo, mirando el vacío absoluto. Se dijo que nada se soluciona creando imágenes pueriles. Recordó también las palabras de Meir. El gordo se había acercado con ese paso de pato en su elemento y aplastando su mano que semejava una pala sobre el hombro, le dijo meticulosamente, como si de ello dependiera quién sabe qué:

—Mirá Uri, al principio te morís de miedo. La oscuridad hace pensar demasiado, y pensar demasiado en las guardias no es bueno. Claro —comentó sonriendo—, no te digo que si tenés algo especial... ¿Me comprendés, no?... Pero no es a eso que me refiero. Los árboles se aparecen como monstruos de alguna especie extinguida; cada montículo se nos transforma en sombras agazapadas, cuerpos anhelantes de asalto, a la expectativa, como las fieras listas para caer sobre la víctima de turno.

—¿Acaso eso no es posible?

—Bien sabés que sí, que puede ser. ¿Pero qué remediamos con saberlo? Nada, absolutamente nada. O sí. Agregar mayor preocupación. No, Uri, no. El método es otro, y no hay elección. O entrás en la sombra o la sombra termina por matarte. El método es entrar. Conocerla, dominarla; diría hasta quererla. La sombra es como una mano implacable o como una masa informe, moldeable. Y lo repito, no hay elección posible.

Meir tenía razón. ¿Entonces qué temer? ¿O por lo meaos, qué temer más que otras veces?... ¿Pero quién puede elegir su momento de temor? ¿Quién tiene la llave que abre y cierra su caja de resonancia? ¿Quién?

La agitación lo llevó automáticamente a enfocar el reloj con la linterna. "Media hora aún." Paseó el reducido haz por los

fresnos, que parecían dotados de estatismo permanente. Hacia lo que imaginaba eran las alturas, los focos, fijos de las estrellas, observaban impasibles su desazón. Sí, algo callaban. "Treinta minutos todavía". Podía contar también los segundos. ¿Pero qué le dio por las matemáticas? Mejor convencerse que no es nada. Repetir: "No es nada, no es nada". No. Así es peor. Es doparse. Es el método... Tal vez sea lo conveniente; auscultar el vacío negro. "Hay algo listo; no lo hay, mejor". De repetir el ejercicio viene la adaptación. Una gimnasia como cualquier otra. Todo consiste en aceptarla. Es el método, Uri. La conversión al robot. Elige: ¿sí o sí? Y hay que estar alerta. Con el caído ayer en la colonia vecina suman seis los muertos de la semana.

Trató de otear las cercanías. Había creído percibir un ruido apenas simulado, como el roce de ropa contra el suelo. El dedo se posó atento en el disparador. Si algo se movía era necesario localizarlo. Pero nada. La oscuridad. La calma es compañera necesaria para las guardias. ¿Había alguien acechando o no? Tranquilo, Uri... Y esa sombra que se va metiendo como un pesar sin poder resistirla. ¡Maldita! Si entre uno y un montículo de sombra está la oscuridad... Esa lengua que saborea el suicidio de los nervios...

El frío parece enviar dardos rápidos y terminantes; se embozó tras la bufanda con toda urgencia. Los dedos se encrespaban al contacto de la metralleta y era preciso impedir el entumecimiento. El café de la caramañola lo abrigó internamente.

Recapacitó. No debía distraerse. ¿Qué estás pensando?... ¡Estupideces!... ¿Por qué te habría de ocurrir justamente hoy?... ¡Tranquilo!

Acalla su voz, procurando hallar la sinfonía del viento.

Arieh también estaba tranquilo. La metralleta Uzi parecía perderse en lo ancho de su espalda. La llevaba siempre con descuido, como un formulismo sin mayor trascendencia y del cual no se puede prescindir. Así era Arieh; con el cráneo surcado por las bronceadas entradas que reemplazaban la cabellera; los voluminosos carrillos siempre abiertos por la risa, y en su boca cada expresión era certeza sin patetismo.

Cierta vez comentó: "Si me tiran no tendrán mucha dificultad en pegar. A un tipo de mi cuerpo me animo a bajarlo con los ojos cerrados."

Lo encontraron en el camino que va hacia el almacén de forrajes, entre dos parcelas de cultivo. Mostraba un orificio en la nuca por el que se le había esca-

pado la sonrisa, la misma sonrisa que dormía ahora en los labios sin color.

Ni el viento acompaña. Todo está demasiado callado. Cuando sopla el viento trae un sinnúmero de oraciones. Ahorra el trabajo de orar. El guardia siempre ora; ése, su rezo de tranquilidad... Pero esto está muerto... Hay que recobrar la calma. Si no, ¿adónde puede llevar la imaginación? ¿O tendrás que confesar que tenés miedo? ¿Miedo?... ¿Y por qué no?... ¿O el método pretende quitar el derecho al miedo?... ¿Por qué no?...

Es evidente, el follaje se ha movido; lo que se acerca son sigilosos pasos. Aguarda, inclinándose sobre sí mismo.

—¡Alto!... ¿Quién anda?... ¿Quién anda, dije?... ¡Conteste o disparo!

—Soy yo, Uri—. El guardia aparecido empuña un Sten. Sobre su cabeza lleva montado el característico gorro de trabajo. Dijo quedamente: ¿Hablabas solo?

—¿Yo?

—Estaba de recorrida. Escuché una voz y quise saber quién era. ¿Qué te pasa Uri, estás nervioso?

—No, no me pasa nada. ¿Qué me puede pasar?

—No sé, te encuentro raro, agitado. ¿Querés café?

—Tengo, gracias. No te preocupes, no me ocurre nada.

—Si es así yo sigo mi recorrida. Abri bien los ojos; con los ciento cincuenta dúmanes que quemaron la semana pasada tenemos bastante pérdida. Bueno, me voy. En seguida te reemplazo. ¡Shalom!

Quedó mirando el punto donde se perdió el otro. No pudo evitar una sonrisa mientras se acomodaba sobre un cajón abandonado.

—¡Este Daniel! —murmuró, meneando la cabeza—. Puede hacer ochenta guardias seguidas... Sangre de pato, como lo llama Meir. En definitiva eligió: El miedo o la máquina. Como si ignorara qué se siente cuando se teme. Un Sten al hombro y basta... Pero no todos son Danieles... y un miedo va de mano de la noche.

¿Qué es preferible, noche con o sin luna? Porque en las noches claras se ve mejor; pero también lo ven mejor a uno... La noche que pasó lo de Arieh era tan clara que parecía no ser. Pero con preferir tampoco se soluciona nada. Esta gran baba negra, la oscuridad irremisible que se aprieta más que el frío. La manta que Dalia te preparó puede servir... Tanto café pone nervioso... Un cigarrillo. Eso es, un cigarrillo. Hurga en los bolsillos. En la chaqueta no están. En el pantalón. "El último y van cuarenta en el

(Continúa pág. 22)

del libro
"LAS
TREMENDAS
DECISIONES"
(editorial
Candelabro)

EN LA ESPERA
(de pag. 21)

día". Hace una bolilla con el paquete y lo arroja sin premura. sivo silbo del grillo que cruzó la La profunda bocanada le acarició la laringe, tanto como el sorprendente silbo del grillo que cruzó la quietud. La manta no estaba demás... Dalia era precavida, a no dudarlo. ¡Estas mujeres!... Los mínimos detalles deben ser organizados. Uno protesta pero ella insiste con esa paciencia de mar que es patrimonio de toda mujer. Organización que desarrolla dulzura en la casa de los chicos. Y en el propio cuarto, entre las sencillas cortinas y el lecho. Dalia, Amo su contacto. Amo su ser. El rostro pausado, la lenta curvatura de sus senos, y aún su organización.

¿Cómo resolver el silencio envolvente, sin tener el viento por aliado? Las cosas pasan más rápido con el canto viboreado de la noche. Algo parecido al aullido de los chacaes del Guilboa. Una serenata disonante que crea la ilusión de poder escapar de uno mismo.

Faltan pocos minutos. Si alguien me escuchara diría que soy un cobarde. Papá, por ejemplo, se burlaría: "¿No les dije? ¡El hombre que deseaba cosas esfor-

zadas! Aquí tenía todas las comodidades. ¿Qué le faltaba? Pudo haber llegado a mucho más y prefirió ir a enterrarse entre los arenales. Sí, sí, ya sé. Me van a hablar de sueños, de un mundo mejor, más justo. Todo eso ya lo sé. Pero no son más que cosas de chicos". ¿Nunca has sentido miedo, papá? ¿Aun dentro de la seguridad de tu fábrica, nunca? Las valentías surgen obligadas. Como la de todos los héroes. Héroes sin alternativa. Y en definitiva, un héroe es un cobarde que vence el miedo ante cada acto. Pero el sudor del héroe se deja en el surco, en la gramilla arrancada a cada palmo de arena. Arena en la cama, arena en la comida, arena en la boca que mastica los momentos de la guardia. "Tierra de la leche y de la miel". El heroísmo quedó en el surco. En el surco queda lo ideal. Lo ideal vive en la ilusión. El surco es la realidad.

Se incorpora. Cree haber escuchado alguna fricción. Camina unos pasos. Recuerda que es la hora en que los insectos salen a ganarse el sustento en la muelle suavidad del pajar, junto al cuidado césped de los jardines que rodean las casas, en ese lecho de

verdor que acoge en las horas de descanso. Ahí donde no es necesario mecer la ametralladora como una criatura de pecho; donde los minutos se hacen plenos.

¡Ah, los minutos! ¿Quién habrá sido el idiota que dividió al hombre en exactos minutos? ¡Cómo si el instante en que Dalia se entrega a la caricia tuviera igual medida que el quema la espalda sobre el tractor!... Parece que alguien se acerca (espera ansioso). No, no era nadie. Mira del otro lado. A centenas de metros tiene la frontera. Seguramente allí hay otro guardia... ¡Es verdad! ¿Cómo estará el guardia del otro lado?... ¿Temerá también que la oscuridad lo devore?... Esa negrura que nos une pese al límite divisorio. ¡Límite! El único límite para el hombre en vigilia es la oscuridad... Entonces el de enfrente siento lo mismo... O se convirtió en un robot... A pesar de los hechos la alternativa parece ser igual para ambos.

La noche se columpiaba en sus últimos estertores, dejando vislumbrar atisbos del alba. Advirtió la presencia de Daniel que se acercaba para relevarlo, para ser su continuidad.

segunda tirada 30 pesos

DISCUSION CRITICA A "LA CRISIS DEL MAR- XISMO"

segunda tirada 30 pesos

PASADO Y PRESENTE

SUMARIO Nº 4

MUNDO CONTEMPORANEO. Problemas del tercer mundo

Héctor N. Schmuckler: *Introducción*
Ernesto Che Guevara: *La guerrilla, un método*
Asiáticos: *Lucha política y lucha armada*
Andre Gorz: *El conflicto chino soviético*
Claude Cadart: *La discusión en el movimiento comunista internacional*
Figurelli-Petrone: *La revolución colonial*

DOCUMENTOS

Textos sobre la cuestión nacional y colonial

revista de ideología
y cultura - Casilla Correo 80,
CORDOBA

BIBLOS

Revista de Información Bibliográfica

115

Páginas literarias
Comentarios de libros
Bibliografía completa de
libros aparecidos

•
Pídala en su librería

•
PARAGUAY 610, 7º p. - Buenos Aires

EL MOTIN DE LA LUZ

Poemas de

ARNOLDO LIBERMAN

EDITORIAL STILCOGRAF

“Ubicar al enemigo, apuntar, disparar...”

dice

NICANOR PARRA

Nicanor Parra, chileno, que es como decir poeta, nació en Chillán en 1914. Estudió Humanidades y luego Matemáticas y el doctorado en Física. En 1942 viajó a los Estados Unidos y se perfeccionó en Mecánica Racional. Más tarde estudió en Inglaterra, donde también dio algunos cursos de su especialidad. En 1938 publica *Cancionero sin nombre*, que merece Premio Municipal. Con este libro inicia su carrera poética.

Pertenece a la llamada “generación del 38”. Ha reaccionado contra la poesía oficial anquilosada. Proclama la “antipoesía”. Antipoesía es “poesía viviente”, expresivo órgano de las experiencias vitales del hombre, de sus traumas y angustias. Poesía de lenguaje íntimo y coloquial, desposeído de afectación. Poesía igual a vida.

Sus últimos libros *Poemas y Antipoemas* (1954) y *Versos de Salón* (1962), lo revelan en la plenitud de expresión. El humor socarrón del huaso se enlaza con las imágenes oníricas y con los símbolos de la vida moderna. Actualmente se encuentra en Pekín (China). Su próximo libro se llamará *Palabra de Hombre*.

—¿Que nos puede decir de la literatura comprometida? ¿Se da en la realidad chilena? ¿Qué labor cumple el escritor?

—Este tema se debatió en la mesa redonda de Valparaíso, creo que el periodista uruguayo Rama dijo que no había literatura si no era comprometida. Toda literatura por el hecho de existir está comprometida. No obstante, cuando se me pregunta esto, yo creo que se lo hace pensando en el **compromiso político**; es más, creo que la literatura de estos tiempos tiende a ser una fuerza política

especial para “El Escarabajo de Oro”

de primera especie. Recuerdo un diálogo que tuve en Pekín en 1953 con algunos poetas. Les preguntaba cuál es el deber del poeta según ellos, el del poeta chino contemporáneo. Respondieron de la siguiente manera: **“Los deberes del poeta son tres. Primero, ubicar al enemigo. Segundo, apuntar. Tercero, disparar”**. Estos son los postulados de la literatura del compromiso máximo. Es una literatura combativa, belicosa. El poeta debe hacer un arte de compromiso en el sentido chino: ubicar y disparar.

—¿Cree que existe una nueva generación poética chilena? ¿Que no se ha roto esa continuidad existente en la poesía?

—Soy optimista. Creo que la llamada “generación novísima” existe. Los tres o cuatro poetas grandes: Huidobro, Neruda, Pablo Rokha, y todos los pertenecientes a esa generación, tienen su contrapartida en los jóvenes. Se puede esperar de Raúl Rivera, Enrique Lihn, poesía profunda y universal como la que dio la generación de los grandes que acabo de mencionar. Creo también que es posible esperar una poesía comprometida, en este sentido, entendiéndose continuación, posibilidades. La poesía chilena no está en peligro de desaparecer aunque sus “grandes” estén llegando o hayan llegado al término de su jornada.

—¿Considera que existe una forma de expresión del pueblo chileno que se realiza en la poesía? No en vano se habla de Chile como país de poetas.

—Hay una escuela chilena de poesía. Se puede reconocer un poeta ecuatoriano o boliviano de uno chileno. Pero la unidad de la poesía chilena se da en el plano literario más que en el plano et-

nográfico. Se puede decir también que hay relación estrecha entre poeta y pueblo. La poesía popular, por ejemplo, existe y es muy importante. Es el pueblo quien la crea, llega de él.

—Respecto a la tradición de la poesía popular chilena, sus cantores populares, la fuerte influencia del folklore en la poesía culta; usted nos había hablado, haciendo mención a su hermana Violeta, excelente propagadora del folklore chileno.

—Sí, es admirable la tarea que Violeta realiza. Pero a pesar de nuestro folklore tan variado, no hemos llegado a crear, desde un punto de vista de literatura culta, una obra como el *Martín Fierro*. Esta obra representa el fundamento del alma argentina y de sus proyecciones. No se logró aún en Chile una cosa así, ni en Chile ni en el resto de América, por eso creo que es el poema de América, no sólo en el nivel literario sino en todos los órdenes.

—¿Existe una positiva comunicación entre público y escritor? ¿Se venden los libros de poesía, se leen los poetas?

—Recordaré lo que decía un editor chileno: la relación entre prosa y verso es de cinco a uno. Una novela media puede vender cinco mil ejemplares, un poeta, en cambio, de primera fila sólo vende mil ejemplares. Los poetas se conforman, entonces, con regalar sus libros, o dejarlos en el desván de la biblioteca. No hay relación numérica entre lectores y poetas. No hay comunicación; porque si no los libros se venderían.

—Está preparando un nuevo libro, más trabado con la realidad social, ¿verdad? ¿Piensa, entonces, dejar de lado su buen humor o va a conjugar esa ironía, tan personal, con lo político; su mundo, un tanto onírico, con la problemática social?

—Es un problema delicado. Soy un poeta a medio camino, no he realizado una obra de tipo social; mi trabajo es el trabajo de un solitario, el de un individuo a solas. Tengo necesidad de integrarme. Mis elementos de trabajo hasta hoy, no me permitían hacer literatura social. Mi poesía era con signo menos; ahora se trata de hacer poesía con signo más. Estoy trabajando en eso. **Palabra de Hombre**, bajo ese título publicaré mis nuevas poesías; el título ya manifiesta otra actitud. Ni el humor, ni la ironía figuran en él; tal vez siga los preceptos chinos. Hablar de poesía es muy difícil.

EL ESCARABAJO DE ORO

revista sospechosa



DIRECTOR
ABELARDO CASTILLO
SUBDIRECCION
LILIANA HEKER



Colaboradores Responsables:

Vicente Battista, Raúl Scari, Eduardo Barquin,
Martha Goldín.

Teatro:

Lelia Varsi.

Corresponsal:

Alberto Lagunas.

Composición Gráfica: Leandro Hipólito Ragucci.

MAZA 1511, p. 2º, C - Buenos Aires, Argentina

propiedad intelectual N° 774.707

